AÑO XXXI — Nº 1521 —

EL DIA

MONTEVIDEO, MARZO 11 DE 1962

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PAISAJES AMERICANOS

(Fotografía de "Pan American")

Vista panorámica de Tegucigalpa, capital de Honduras, tomada desde una de las colinas que rodean la ciudad, a 1.070 metros sobre el nivel del mar, altiplano circundado por elevadas montañas.



Redes sobre la playa, en una isla del archipiélago sonoro.

SAN BLAS Y SUS ISLAS DE ENSUEÑO

Un reguero de islas y de islotes surgidos de la nébula del mar en pasados remotísimos, cubiertos por palmeras y tortugas, cristales de olas y pedrería refulgente de arenas, corales y caracoles...

LA sublevación de los habitantes indígenas de la Isla del Tigre —que forma parte del legendario Archipiélago de San Blas o de Las Mulatas, en el Istmo de Panamá—, ocurrida en los albores del año que corre, ha dado pie no sólo para que el gobierno de la república se haga presente como dueño y soberano de esa comarca maravillosa preñada de sucesos históricos, sino para que la imaginación del poeta se traslade a esas islas de ensueño y de cocoteros, y a esos mares rutilantes que las envuelven y acarician, y se desboque luego en los meandros de la historia, hacia la noche precolombina, donde los indios Cunas aparecen con toda la fuerza coruscante del misterio.

Hijos del océano tenebroso y de la selva cósmica, señores de un "archipiélago donde hay más islas que días tiene el año", los cunas han sido una especie de nación indígena con quince mil habitantes —o poco más—, orgullosa de sus ancestros telúricos, enamorada de su libertad, su politeísmo, su idioma y su raza, rebelde ante los dictados de la civilización que la rodea y empuja por todos los ámbitos terrestres y marinos, y renuente —muchas veces— a "sentirse" incorporada a una república moderna de bien acentuado tipo democrático que le tiende la mano y quiere hacerla partícipe de los bienes temporales e intemporales de la educación y la cultura, de la religión y de la higiene.

Un reguero de islas y de islotes surgidos de la nébula del mar en pasados remotísimos, cubiertos por palmeras y tortugas, cristales de olas y pedrería refulgente de arenas, corales y caracoles, y una raza de hombres de baja estatura —apenas un metro y medio—, piel de cobre y de almendra, pelo lacio y abundante que a los hombres les resbala por la gran cabeza y la corta nuca y a las doncellas les cubre la espalda y —cuando es necesario para tapar sus desnudeces— recata su erguido seno, gentes que huyeron del continente para encontrar la libertad del "paraíso perdido" en esos oasis vegetales surgidos de las vertientes del Caribe, no más altos que la más alta ola, son un enigma luminoso —islas y habitantes— que contrasta singularmente con el caudaloso tráfico universal de naves y de hombres y de mercancías que circulan por el canal de Panamá a sólo setenta y cinco millas de distancia del archipiélago sonoro

EL PUEBLO CUNA

Los investigadores científicos y los historiógrafos inquietos no han podido decirnos ninguna cosa cierta sobre el origen aún ignoto de los indios cunas de San Blas. Se pierde en la cerrada noche de los tiempos. Más allá de la colonia, más allá del descubrimiento de América, más allá de la Historia y acaso detrás de la Era Cristiana. Los conquistadores los encontraron en la costa del continente en la desembocadura de los grandes ríos frente al archipiélago, en sus aldeas pacíficas donde se alimentaban con los productos de la pesca y de la caza, las frutas de los árboles y algunas aves y animales silvestres. Tenían sus tradiciones y sus creencias, a las cuales estaban —y aún lo están— apegados como a su propia sangre. Pero se ignoraba su historia, la verdadera fuente de su origen, pues carecían de símbolos y grabados rupestres. Fueron hostilizados de inconfesable modo por los españoles de la conquista, sometidos a duros tratamientos para obtener sus servicios en la agricultura y como animales de carga y para que les revelasen las venas del oro, que tales indios ignoraban casi siempre puesto que vivían felices y satisfechos con los frutos del mar y de los ríos, de los árboles y de las cuevas.

Más tarde los piratas y filibusteros desembarcaron en sus playas, como buitres marinos, aparecidos tras las lonas de sus veleros por todos los arrecifes del Caribe. Pero los crueles salteadores europeos que arrasaron ciudades coloniales y saquearon galeones españoles, con más astucia que los peninsulares supieron entenderse mejor con los indios de la comarca samblasina y obtener de ellos informaciones útiles y valiosas sin violencias. Por eso los pobladores cunas no les tuvieron miedo. Los cunas fueron sus amigos como lo fueron y han sido de la estrella pacífica y de la luna pálida que destella en sus hogares, de la naciente aurora, de la marina especie, del imperial silencio de la selva, de la pureza invulnerable de su raza. Tienen miedo a la noche tenebrosa, donde repta el animal proclive, en virtud de lo cual mantienen lámparas encendidas para romper las tinieblas de sus viviendas.

Largos años después otros viajeros blancos invadieron su tierra continental, quisieron mezclarse con su pueblo y sus costumbres, con sus mujeres y sus ritos, y entonces los altaneros cunas se lanzaron a la conquista de las islas que los llamaban con su eterna fascinación de aduares oceánicos, y tomaron asiento bajo los palmares musicales y sobre las arenas coralíferas, y allí encendieron su imperio minúsculo y memorioso. Y allí plantaron sus chozas, y extendieron sus aldeas y organizaron su pequeña nación democrática y protegieron su estirpe con sus leyes autóctonas y en contacto con las olas siempre antiguas y siempre vírgenes que no intentarían mancillar la pureza de sus mujeres.

Y esta raza o este pueblo —o esta tribu—, organizada en conjuntos casi autónomos bajo la sombra republicana y amable de la bandera panameña, rinde completa sumisión al Ságuila, si este Ságuila es Nele o Kantule, que significa en el "gobierno" cuna médico y cantador, como lo fue su último jefe Ustupu, Nele Kantule, personaje de muchas campanillas y atuendos, enamorado de su gente y sus costumbres pero gustoso de la civilización moderna —que logró conocer en sus "escapadas" de las islas hacia la capital del Istmo—, y, por ende, buen colaborador del Gobierno de Panamá en el empeño civilizador de los cunas.

VESTIDO COMERCIO. COSTUMBRES Y CREENCIAS

No obstante la forma primitiva y de celosa libertad selvática y marítima con que discurre la vida de los indios de San Blas, se equivocaría quien juzgase que este pueblo carece de moral o ignora el pudor, viviendo en desnudez y completo paganismo. Hoy es muy otro el manejo de estas gentes. El varón viste casi como el hombre civilizado, pues el contacto que ha tenido en el presente siglo con naves y hombres de diverso origen que llegan frecuentemente a sus islas, a celebrar negocios de canje de artículos de comercio por los valiosos frutos del cocotero —de que está poblado el archipiélago— le ha dado a este pueblo la pauta en el vestir en forma que llamaríase decente. Los varones se confeccionan sus propios vestidos como las mujeres. Estas visten con cierta elegancia pintoresca. Sobresalen singularmente en el arte del tejido y del arreglo personal. Preparan a mano



Un hechicero del pueblo cuna. Tiene en su mano una "piedra viva", tomada de la cabeza de un codrilo, que sirve, según la creencia indígena, para trasmitir secretos y curar varias enfermedades.



Muchacho albino —ya medio civilizado—, hijo del pueblo cuna.



Beldad indígena, con su pintoresco atuendo y un hermoso gato en sus brazos arrulladores.

y en telares rústicos preciosas telas que son peculiares de su raza. Usan colores encendidos —como los soles de sus islas y el reflejo de sus mares— y prefieren el azul, el rojo y los tonos dorados. Visten estrechas faldas hasta la mitad de la pierna, casi siempre con dibujos impresionistas: blusa llamada "mola", lujosa y llamativa, hábilmente confeccionada con exquisitos motivos artísticos. Adoptan en su atuendo vivas impresiones estéticas, de gran belleza real, como la visión de pájaros y flores, mariposas y peces, aviones y animales salvajes que dibujan cumplidamente en el corpiño que ha de ceñir su busto. Se cubren la cabeza con pañuelos de colores y, para no desmentir su origen, llevan en sus orejas y su nariz gruesas argollas de oro o metal dorado y cuelgan de su cuello numerosos collares de monedas, diminutos caracoles, dientes de animales y pepitas de frutas que se mueven y tintinean con sonidos rítmicos. También aquellas que pretenden ser llamativas y atraer la atención de los varones —igual al uso de las gentes civilizadas— se encienden las mejillas con el rojo jugo de raíces o flores y trazan sobre su achatada nariz líneas rojizas que simulan un tenue alargamiento de este apéndice de la cara.



Mares e islas en el precioso Archipiélago de San Blás



Arbol del Pan, que produce una rica fruta comestible, muy apetecida por los indios.

El coco es la moneda natural del archipiélago. Lanchas, chalupas y otras naves ligeras, de origen colombiano o panameño casi siempre, anclan en las playas principales de sus islas y cambian las mercancías que el indio desea o necesita, como telas, pañuelos, peines, machetes, tabaco, perfumes, galletas, azúcar, cuentas de vidrio, anzuelos, sal, café, agujas, espejitos y otras baratijas —y hasta ron para mal de sus pecados—, por el preciado y abundante fruto de los palmares. De esta suerte las aldeas y poblaciones cunas mantienen provistas sus despensas, y no necesitan moneda, ni bancos, ni agiotistas, ni cajas fuertes y, para su propia ventura, para la paz virgiliana de sus aduares isleños carecen de automóviles, periódicos y altavoces, de todo aquello que deteriora la salud y resquebraja los nervios en las ciudades modernas y que impide ya, en gran parte de la noche, gozar de los divinos goces reparadores del sueño.

Cuando una adolescente de San Blás toca la frontera de la edad púber, sus familias celebran el acontecimiento con regocijo y la conducen a una piragua que se mece en la playa entre los velos virginales de las olas. Durante el primer día le rocían el cuerpo con agua fresca y salobre del océano tutelar y policorde, como si celebrasen un rito sagrado, y luego la presentan en sociedad, es decir, ante el pueblo todo, puesto que ya es apta para ser próxima esposa con los cabellos recortados en medio de la frente. Ella misma señala al varón que desea para esposo, y el padre de la agraciada se acerca al elegido con el dulce mensaje de la doncella. Si es aceptada se realiza un alegre festival en el cual participan todos los habitantes de la isla. Se toma chicha en abundancia y se comen manjares nativos deliciosos. La presunta novia se aleja del ágape bullicioso y espera bajo la enramada matrimonial la llegada del novio, donde ha de realizarse el matrimonio al estilo de la tribu. En el pueblo cuna se impone la monogamia y los esposos son mutuamente fieles hasta la hora de su muerte.

Los cunas —los no catequizados por misiones cristianas y evangelizadoras de los últimos años— creen en la existencia de un Ser Supremo que gobierna el universo y lo veneran en la intimidad de sus pensamientos. Pero practican múltiples creencias simplistas que vienen desde la noche de los tiempos y a ellas conceden el respeto y la fe que no se conciben ni practican hoy en pueblos de la más elemental civilización. Sobre este punto se expresa el erudito historiador Rubén Darío Carles: "Junto al Cacique o Ságuila que gobierna la tribu hay otro personaje de gran influencia espiritual. El Nele —médico, embrujador y mago—, quien mantiene a la tribu en el más craso empirismo y bajo el dominio de sus prácticas supersticiosas. Según los indios el Nele nace y no se forma. Es un predestinado a quien los buenos espíritus amigos de la tribu le han revelado los secretos para combatir a los espíritus malos, que desatan sobre la tribu las enfermedades y desgracias personales. Por eso el médico cuna es adivino y mago, que busca en los montes, yerbas curativas y prepara ungüentos benéficos; pero que al emplearlos se vale de sortilegios, invocaciones, brujerías y rezos hechos en baja voz en la penumbra de las oscuras casas indígenas donde se guarda al enfermo".

UNA COMARCA AMBICIONADA

El Archipiélago de San Blas, parte integrante de la Intendencia del mismo nombre en la República de Panamá, ha sido en todos los tiempos almácigo de aventuras, región ambicionada, conquistada y reconquistada por descubridores, colonizadores, piratas y hasta empresarios internacionales como Patterson —de lo cual me ocuparé en otro artículo—, por su admirable ubicación geográfica sobre el Caribe y su riqueza potencial, que la sitúa en condiciones de ser vigoroso asiento de explotación agrícola y forestal y de transformación industrial múltiple.

Voy a referirme ahora solamente a uno de los proyectos fantásticos o aventuras deslumbradoras de que fue objeto esa región de encanto y poesía del panameño solar, por parte de un personaje pintoresco, oriundo de la gran nación saxoamericana, de apellido Marsh, medio soñador y aventurero, quien soñó en convertir esa región en una república independiente gobernada por él mismo, con el concurso de los aborígenes.

El señor Marsh, con sus maletas cargadas de ensueños y utopías —y acaso también de proyectos y grandezas—, apareció en Panamá hacia 1925, como jefe de una expedición científica que debía estudiar los prolegómenos de la raza cuna y muy especialmente la frecuente aparición dentro de ese pueblo singular de los llamados albinos o indios blancos, que estaban ocasionando graves perturbaciones familiares entre los habitantes. Estos albinos, llamados por sus conterráneos indígenas "los muchachos de la luna", bajo la creencia de que el satélite terrestre influye en su nacimiento, son seres extraños. "Aunque no hay explicación científica sobre el albinismo —según dice el investigador intelectual Rubén Darío Carles—, se cree que es una degeneración de la raza. Débiles de cuerpo, contrahechos, llama la atención su piel de blanco lechoso con pigmentaciones amarillas. Los albinos pueden ver mejor en la oscuridad o en las noches de luna que a pleno sol, pues la brillantez del día es muy fuerte para sus débiles ojos".

Se sabe que hasta hace poco tiempo los indios repudiaban y hasta ahogaban a sus mujeres en el mar o los ríos cuando daban a luz un hijo albino, sin duda inspirados por la creencia errónea de que ellas habían tenido relaciones ocultas con hombres blancos de extraña procedencia.

Lo cierto es que el señor Marsh, como resultado de su expedición científica —que pudo ser en sus comienzos muy noble y respetable—, logró llevarse siete muchachos albinos a los Estados Unidos para ser estudiados allí en centros de ciencias. Pero a los ocho meses regresó a la región samblasina con otras ideas en la cabeza, llenó de proyectos irrealizables la imaginación desbocada e ingenua de las tribus indígenas, instigándolas al desorden y la revuelta y al desconocimiento de su gobierno legítimo. "Se levantaron en armas contra las autoridades; sacrificaron la vida de algunos policías; persiguieron a los maestros de escuela, pisotearon la bandera panameña y proclamaron la República de Tule".

Pintoresca y atrevida aventura que no podía tener éxito alguno. El gobierno de Panamá dominó rápidamente la absurda conjura. El señor Marsh se hizo a la mar y huyó con sus ensueños y utopías de Tartarín moderno y visionario. Algún escritor se refirió a él más tarde con estas palabras: "Mr. Marsh no tenía más propósito que el de revolucionar al mayor número de jefes o ságuilas de las islas y del continente para desconocer la soberanía del Gobierno de Panamá y declararse Emperador del Darién o algo parecido... Era medio loco, como aquel francés millonario que se declaró Emperador del Sahara en pleno desierto y se puso a gobernar algunos negros salvajes hasta que intervino el gobierno francés y acabó con la farsa".

Panamá tiene en San Blas y en toda la región del Darién un inagotable venero de riqueza para días muy próximos. Bien dijo Octavio Méndez Pereira cuando afirmó que "Panamá vale por los dos extremos". Se refería el eminente panameño desaparecido a los dos extremos del territorio nacional, es decir, a Chiriquí y Darién, que guardan inmensas riquezas de todo orden, comenzadas a explotar las del primero y en potencia las del segundo. La gran carretera interamericana en construcción abrirá esas fuentes económicas para el bienestar de la república.

Alfonso MEJIA ROBLEDO

Panamá, febrero de 1962.

(Especial para EL DIA)

Fotos de Felicitas Barreto, indigenista brasileña.



Un trozo de aldea india en el Archipiélago de San Blás o Las Mulatas.

LA YERRA



La autora del presente relato, cuenta con una obra en prosa y en verso que pone en evidencia una cultura firme y equilibrada, y una fina sensibilidad para expresar sus estados emocionales. En poesía, lleva sus preferencias el metro tradicional de antiguo cuño español, el romance, y ha sabido dar frescura y originalidad modernas a la vieja forma. El "Romance a Lavalleja" y el que dedicara a la muerte del poeta José Lucas, son particularmente representativos de su estilo. Acaba de publicar "Yo lo viví", serie de estampas coloridas, nostálgicas, evocadoras de su propia experiencia, pero sin incurrir en folklore o costumbrismo de tipo gauchesco. Narra sus impresiones y sus recuerdos con perfecta naturalidad, y logra un puñado de páginas jugosas y comunicativas, plenas de dinamismo y de vida.

D. I. R.

*

EL otoño detenía sus mañanas entre el rocío espeso de gramillas y trebolares, y sus tardes serenísimas, doradas, azules y verdes... Era ya tiempo de la yerra. Días antes se enviaban emisarios con invitación a las estancias vecinas y a la comisaría del lugar. Al alba empezaban a llegar los convidados. ¡Qué lujo sus caballos! Lustrados, ágiles, prietos; los recados brillantes; el lazo en anillos, golpeando las ancas. Pasaban por las casas y se dirigían al potrero, donde mugían ya toritos y vaquillonas entre las estacadas de la manga.

Troncos de ñandubay ardían con llama vívida y densa, dejando brasas compactas y persistentes. Los costillares hilvanados en los asadores, sahumaban entre un crepitar desvanecido, entre mugidos, hopos, y ladrar de perros. La marca, hierro con forma de lunel se iba transformando en la rosa ardiente y escarlata y era un ascua más entre los troncos llameantes...

Comenzaba la yerra. Los hombres se dividían en grupos. Enlazadores montados, cuyos caballos obedecían a innúmeros secretos... Era arte, varonía y destreza el despliegue del lazo, trazando en el aire múltiples y veloces elipses, y entre un vértigo de galope arrojarlo certero y exacto aprisionando las dos astas del becerro. Los pialadores corrían entonces, cimbreantes los sobeos, y en un tiro preciso y único atrapábanle las patas delanteras desequilibrando al ternero que caía impotente y asustado. ¡Faena bárbara y diestra! La marca se hunde en la carne blanda y humedecida; la tersa pelambre se quema en un chillido humoso, y una llaga, con la misma flor del herraje, se burila en un bramido desesperado. La sangre mana a raudales de la cabeza donde ya sólo quedan huecos rojos donde asomaban dos gallardos pitones. Las orejas caen lacias con muescas o puntas de lanza, y por el sexo mutilado se va la última rebeldía... Incorporado, de aquel brioso torito queda un exponente ambiguo, magullado y sangrante. Pero la naturaleza y la tierra harán el milagro. Para la primavera, se anunciará el opulento novillo de balido suave, de pecho ancho y piel sedosa como requemado terciopelo...

Sigue el lazo trazando garabatos de lonja, y el troquel de la marca delineando el derecho de propiedad. Caen las horas entre tragos alternados de alcohol, y el último ejemplar de la jornada. La tarde va quedando silenciosa... El cansancio empieza a ondular entre los nervios de los hombres... Comienzan las viandas; las clásicas albóndigas, dulzonas, casi perfumadas; los pasteles, por cientos; y un vino que hace ladinas las bocas y en rayas y brillante la mirada... Alguna rueda de cartas; algún aire de vidalita, y el adiós sobre la noche... Fiesta sencilla de la solidaridad la pericia y el trabajo. Superada ya por la técnica, fue meridiano criollo de la vieja y múltiple ganadería. Yo la veo como un aguafuerte... En medio de un grupo de jinetes, la ceñida estampa de mi padre; sus ojos azules: su pañuelo de seda blanca; y sus botas, de un negro brillante, adheridas a los ijares de Menelik, su dócil caballo de faena... Y los becerros pampas, de lomos bermejos, oliendo a trébol y a cebadilla, mugiendo y girando entre la empalizada... El viento de otoño se detiene en las aletas del molino y oigo un canto de acequias quebrado por un siseo de troperos y coscojos de frenos... El camino hacia el potrero de la yerra se va cubriendo de azucenitas del campo...

Iris de LOPEZ CRESPO

(Especial para **EL DIA**)





ENCOMIO DE DON HILARIO COLL

PERTENECIO al grupo inicial de operarios venidos de Buenos Aires a Montevideo, para armar el taller de huecograbado que, por iniciativa y tesón de Lorenzo Batlle Pacheco, instalaba "EL DIA"; adelanto en las artes gráficas aplicado a la prensa diaria en nuestro país. Era el maestro de todos los que lo acompañaban, y por supuesto, lo fue en seguida de quienes aquí lo esperábamos, para ir formando el primer plantel de la nueva artesanía que se creaba entre nosotros. Pero era todavía algo más que eso tan importante.

Asombra recordar ahora, a la vista de la maquinaria de entonces, conservada todavía en el taller, no como trofeo sino como elemento de emergencia perfectamente utilizable, el que con elementales instrumentos pudiera haberse realizado aquel primer milagro de poner en marcha tan grande propósito, desproporcionado a los recursos tenidos a mano. Y no era sólo por las primarias herramientas de trabajo, sino que también, y por sobre todo, por la carencia de materiales fotográficos adecuados, de productos químicos, de tintas apropiadas, de la nafta suficiente —en aquellos tiempos de racionamiento— y hasta de agua en la cantidad necesaria, que al fin pudo obtenerse cateando el subsuelo en busca, y hallazgo, de una veta manantial.

Solamente aquel indomable tesón de Lorenzo Batlle Pacheco y la sagaz experiencia de Hilario Coll —nombres que no pueden separarse en la realización de este propósito— hicieron factible aquella ilusión de imprimir para "EL DIA" suplementos en huecograbado, venciendo las renovadas dificultades de todas las jornadas inclinado por horas sobre la retícula —que debiendo ser de cristal no era sino de celuloide—, retocando a lápiz, punto por punto, el borroso reticulado, hasta que llegó, ¡al fin!, de Inglaterra, la retícula de cristal. Faltos de lámparas para la fijación fotográfica, las sustituía, con habilidad y paciencia, por un complicado sistema especie de arco voltaico, con intermitente proyección, hasta que, ¡al fin!, se consiguieron las luminarias. Eran cómicas las situaciones que la voluble temperatura montevideana significaba para la sensibilidad del papel bicromatado, y unas veces había que recorrer los almacenes vecinos en búsqueda de barras de hielo para atemperar el exceso, y otras recurrir a estufas y calentadores para corregir el defecto, hasta que, ¡al fin!, llegaron las cámaras. Y así sucesivamente. La instalación de la planta industrial y la construcción del edificio dieron al taller la capacidad y la eficiencia exigibles, pero quienes cotejen la excelencia del grabado hecho en aquellas condiciones, hace treinta años, con la actual, no podrá advertir grandes diferencias de calidad, salvadas por Hilario Coll las dificultades de entonces hasta igualar la perfección de la maquinaria actual.

Los aprendices de brujos veíamos actuar a Coll manipulando drogas y mezclando ingredientes para hacer surgir del cilindro de cobre, mordido por los ácidos, el relevamiento del grabado, efecto mágico comparable al de la rotativa que selecciona los colores y los distribuye, animada por sus duendes, motores estrepitosos, que devuelven al paisaje la poesía del colorido, y a la figura la gracia y armonía expresiva. Y así se formó el primer plantel de artesanos, maestro de los actuales que a su vez, lo son de otros...

Dentro de pocos meses se cumplirán los treinta años...

o

Hombre del Mediterráneo, era un recio carácter, lírico y tesonero, idealista y práctico, que amaba su trabajo y estaba dotado de la virtud y sabiduría necesarias para hacerlo amar de los demás.

De trato llano y cordial, sonrisa fácil y ademán amistoso, era el hombre generosamente ecuánime que hizo posible la serena convivencia de cuantos estuvieron bajo su rectoría. Ganó por el afecto, la voluntad y el respeto de todos. Al cumplirse los treinta años, le íbamos a rendir el homenaje merecido, coincidente con el aniversario de la aparición del suplemento. Nos ha sido arrebatado sin que pudiéramos hacerlo. Pero no estará ausente su memoria en toda ocasión, y habrá algún modo de hacerlo ostensible en esa fecha, por quienes recibimos las enseñanbas de su artesanía, de su voluntad y de su bondadoso corazón...

EL DOCTOR ANDRES CROVETTO



El doctor Andrés Crovetto recién recibido de médico en 1885; fue el segundo titulado recibido en nuestra Facultad. Nacido en 1860 era menor que Morquio y Ricaldoni siete años, y que Navarro ocho. Soca le llevaba dos años, y Visca veinte.

EN los primeros días de julio de 1923 hice una visita que me había prometido hacía años. Fui a ver en su consultorio al más antiguo y respetado médico local, sobre el cual tenía la opinión del Profesor Ricaldoni que "era el más completo y brillante de los clínicos que había conocido la Unión".

Entré a la sala de espera donde esperaban al médico dos señoras. Al cabo de media hora, llegado mi turno, entré al consultorio. Era el más parecido al que debía instalar en mi casa, junto a la comisaría. El mismo polvo en los muebles, igual desorden en la pieza, idéntica despreocupación en todo, hasta en el calendario que marcaba el mes de febrero.

Crovetto me tomó, en esa primera visita, por uno de sus clientes habituales. Y antes que le dirigiera la palabra, salió de la pieza a la que volvió en seguida llevando en la cabeza una galera toda manchada de sulfato, y en la mano una tijera de podar.

Salió al patio, me acercó a una escalera al pie de una parra centenaria, y me dijo

—"Téngala firme".

Me dí cuenta inmediata de su equivocación. Al rato de estar encaramado sobre ella podando el parral que cubría su enorme patio, mirando las enredaderas que subían por el muro, bajé un instante la guardia, lo suficiente para que la escalera se moviese.

Yo no podría decir la furia que lo acometió en el acto.

Lo que dijo no podría repetirlo...

Luego, más calmado, pero sin disculparse por la escena de que había sido protagonista, bajó y me llevó en silencio hasta el consultorio.

Entonces, como si recién me viera:

—"Bueno ¿qué le pasa?".

Le expliqué, ocultando la hilaridad que me dominaba, que yo era un médico recién recibido, y que esa era la primera visita que le dedicaba al más antiguo y respetado colega del pueblo en que iba a instalarme.

No podría pintar la confusión que se apoderó del doctor Crovetto... Cuando le dije mi nombre, se levantó del sillón de Viena que le servía de asiento, y entonces le oí, en medio de protestas sobre su carácter tan distraído, cuánto se reprochaba las cosas que me había dedicado cuando estaba trepado en la escalera.

Yo le negué toda importancia al episodio, y un momento después terminaba la primera visita que le hice, a los pocos días de recibir mi diploma...

*

Sabía por doña Virginia, heróica mujer que se convirtió más tarde en mi madre política, la extrema bondad del doctor Crovetto. El año 98 había perdido a su marido, don Raymundo Páez, muerto repentinamente en el teléfono de la jefatura al recibir un llamado telefónico sorpresivo. El 4 de julio el mayor Isasmendi había sublevado el cuerpo de artillería de que era segundo jefe, pensando voltear al Presidente Cuestas. Crovetto era el médico de la familia Páez. Después del hecho había seguido asistiéndola sin cobrar una sola cuenta a la pobre viuda.

Lo visité otro día en 1936. Ya era entonces mi amigo muy querido. Lo había asistido por una bronconeumonia que lo tuvo a la muerte. Esa tarde iba especialmente a conocer su vida para darla en "La Semana" que dirigía el periodista Arturo Silverio Silva. Entré a la casa no muy seguro de poder satisfacer mi deseo. El día estaba gris y la tarde era de fría llovizna. Debía estar el doctor Crovetto en el consultorio, junto a la estufa. El primer chasco de la tarde. Estaba en el fondo de la quinta y recibía con naturalidad la garúa, jubiloso en su ocupación favorita. Recorría las jaulas de los gallos ingleses, como un general en una revista, la mano justa para la ración. Exacta la mirada evaluando un estado.

—"Con este giro gané tres peleas", me dijo al verme.

Es la distracción que le queda después que prohibieron las corridas de toros. El general Quintana, el coronel Faustino Laguarda, los hermanos Aguirre son los entusiastas que lo acompañan a la calle Larrañaga, o la gallera propia que construyó en la calle Lindoro Forteza.

Le reñí afectuosamente.

—"Usted se ha olvidado de la bronconeumonia del año 34..." Se sonrió. Era la suya una sonrisa de confianza. Su única defensa contra el invierno lluvioso son los zapatos de goma y esa ropa de boyardo que usa en la Unión y que le oculta la pechera.

Las gotas finas le siguen cayendo de su ropa empapada.

Atravesó la quinta. Le elogié los naranjos llenos de pequeñas bolas doradas. Los cuida como cuida a sus faisanes y a sus perros.

Sus perros no. Que el "Mimoso" se le murió una madrugada después de una noche de sufrimiento.

—"Está ahí, debajo de ese naranjo".

Le queda el "Cuco", de los dos perros de caza, con los que tantas veces fue en las semanas santas, con el doctor Bacigalupi y el señor Amoroso tras de las liebres y las perdices que después reparte entre los amigos. Cuando fue a cazar el último domingo de mayo sufrió un percance: tuvieron los amigos que volverse en alpargatas, pues el doctor Crovetto quemó todos los zapatos, a pesar de que era especialista en secarlos, pues había llovido la tarde anterior.

—"En aquel rincón está la chirimoya que fue de mi madre".

Al pasar por las tinas del hall, acaricia las begonias y los helechos...

*

Sabía que si descubría a Crovetto mi intento de revivir su pasado, fracasaría.

—"Yo ya me había olvidado de esa fotografía, que no sé de dónde la desenterró", me dijo al entrar al consultorio. Se refería al grupo que publicó "La Semana" en su primer número, y en el que aparecen juntos los doctores Crovetto, Brusco y Fernández Espiro. Miré los cuadros para disimular. En un rincón Galarza, en otro está él junto a la palmera y los perros. En la biblioteca su hija, Navarro, Gutiérrez, Pouey.

Sobre el escritorio los dos bronces tan conocidos por los íntimos: el perro de caza en acecho, y el orangután que examina atentamente el cráneo que ha caído bajo su mano.

ESTUVO EN MERCEDES

En la incipiente Facultad de Medicina, en Sarandí y Maciel, se recibió de médico en 1885. Se fue a Mercedes. Diezmaba la población un terrible epidemia de difteria en la que se morían las familias enteras. Recién diez años después Roux entregó a la humanidad su suero prodigioso. En ese tiempo se curaba la difteria con albuminato de cobre, disolviéndose el sulfato de cobre en clara de huevo batida, y casi todos los enfermos morían. Recordaba la familia Imaz. Se vinieron del campo a la ciudad, y en el campo iban dejando los hijos muertos. La madre murió al llegar al pueblo. El padre unos días después. Toda la familia fue enterrada en una semana.

Crovetto se contagió. Estuvo muy grave: salvó a duras penas.

—"Pablo me mandaba todas las tardes la banda de su regimiento, frente al Hotel Navarro, donde me hospedaba, para distraerme". Pablo, era el coronel Pablo Galarza.

Crovetto estuvo poco tiempo en Mercedes. Volvió a Montevideo, donde fue médico de la artillería que comandaba el coronel de León.

VINO A LA UNION EN 1892

Instaló su consultorio en 18 de Julio, frente a la hoy farmacia Paladino, en la casa que fue de doña Pepa Lepra, la misma en que veinte años antes convaleciera el mayor Visillac de sus heridas que recibiera en el combate de la Unión.

Su consultorio pasó luego frente a donde tenemos hoy el nuestro. Pocos médicos tenía en ese tiempo la Unión. Paseyro, Romeu, Stábile, Demicheri, Capdehourat. Estaba también el licenciado Lizazo. Después vinieron Brusco, el padre de Marita, Nicola, el padre de Pancho, cuyos hijos se casaron formando una pareja ideal, bien pronto víctimas de la tragedia. Por fin el doctor Luis Paysée, dueño de una cultura francesa realmente excepcional.

Nos cuenta el doctor Crovetto las peripecias de sus contínuos viajes a las afueras, Carrasco, Chacarita, Manga, Toledo, sobre pésimos caminos que nosotros hacemos sobre hormigón.

Tenía un cupé con un pozo donde él se sentaba siempre, que utilizaba para la ciudad y una victoria para los malos caminos. Me imagino los sudores de Peluffo, su cochero habitual, y del hermano de Piolita que suplantaba a veces al titular. Porque su bondad corría pareja con sus nerviosidades y sus exigencias.

El año del centenario arrumbó su cupé y con gran asombro de todos se compró un Buick. Luego arrancó su chapa de la puerta, una chapa grande que lo había acompañado cuarenta y cinco años y se acogió al descanso.

—"No hay hombre más trabajador que yo", me dijo esa tarde. Y terminó diciendo que no tenía más que decirme, "porque a él nunca le había pasado nada extraordinario".

*

Yo sé que que le pasó una cosa extraordinaria, por haberla presenciado con mis ojos y haberla oído por mis oídos...

Fue en el mes de enero de 1928.

Había entonces, a pesar de la diferencia de edades, plena confianza entre los dos. Yo lo llevaba en mi coche, cuando él no disponía del suyo, tanto que uno de los gratos recuerdos de Pedrito, mi Ford que vivió de 1927 a 1959 hasta que en la rambla de Carrasco murió despedazado por un camión, es haberlo transportado a muchos lados, a pesar de mi agobiador trabajo de aquellos tiempos.

Tenía el doctor Crovetto en sus manos a Juan Arrizabalaga, uno de los mejores vecinos de la Unión.

Estaba en Malvín entonces.

Trató el doctor Crovetto con el Profesor Ricaldoni una consulta, y a casa de Arrizabalaga llevé a Crovetto en mi coche.

La consulta fue larga, y apenas terminada nos reunimos, debido al feroz día de verano, debajo de una higuera enorme.

Yo quise retirarme ,entonces, pero me quedé ante un gesto de Crovetto. Se encaró en seguida con el doctor Ricaldoni, y con aquel tono de mando tan peculiar en él, le hizo esta pregunta que al principio no comprendí:

—"¿Cuándo se va para Santa Lucía, doctor Ricaldoni?".

Ricaldoni tardó en contestar.

Al fin dijo en voz muy baja:

—"Yo no he pensado en ir nunca a ese paraje".

Entonces excotándose, Crovetto habló en voz alta y ruda:

—"Pero no ve Ricaldoni, que si no va en seguida, sería demasiado tarde?"

Entonces el profesor Ricaldoni, tan respetado siempre, rompiendo una breve rama de la higuera que mantenía entre sus manos:

—"Imposible doctor Crovetto. Tengo que apurar mi tiempo lo más que pueda...".

Seis meses después moría el gran profesor de clínica, habiendo empleado por última vez su estilográfica, en dedicar su primer tomo del Instituto que dirigía al doctor Alejandro Schroeder...

*

Murió el 3 de junio de 1943 en el Hospital Italiano, en el mismo cuarto en que en 1929 murió Batlle.

Yo estaba entonces en la Radio Carve.

A las pocas horas pude balbucear en el micrófono unas palabras sobre el gran amigo desaparecido...

Dije:

—"Alto y flaco, como una figura del Greco, con la pinta de sangre americana necesaria para la anécdota inteligente que es como un sello de raza, el doctor Andrés Crovetto, que acaba de cerrar los ojos para su eterno reposo, fue uno de los últimos representantes de la Restauración.

Era mi amigo, y para este adiós que tal vez su espíritu esté recogiendo ya dulcemente, sin la máscara de dura ironía con que gustaba esconder la sensibilidad de su alma, necesito acorazarme un poco, porque el doctor Crovetto fue mi amigo, y un amigo así, como él, es para mí tanto como los muy amados seres de mi sangre.

Cuarenta años se tendían, como un ancho camino, entre su edad y la mía. Pero yo pude comprender bien a ese viejo rebelde, con su mimetismo de misántropo, cuyo corazón, de secretas blanduras, pude cuidar como un hijo de la antigua usanza, indulgente y paciente, con la oculta sonrisa que tenían que arrancarme sus tercos caprichos, su palabra pintoresca, su bonhomía, disfrazada de ríspidas agresiones verbales. Fue auténticamente, un gran médico, lo que llamamos a veces un extraordinario ojo clínico. Maestros de la talla de Ricaldoni y de Soca, reconocían el rápido acierto de su diagnóstico, la segura sentencia de su oído sobre el pulmón herido o el corazón lastimado. Tenía la áspera altivez de los solitarios, la secreta generosidad de esos buenos que no quieren parecerlo, como si la bondad fuera un tara de débiles.

Ah! viejo Crovetto, que yo quise y cuidé como a un niño malcriado, de gran alma, de fino intelecto y gracia verbosa que tanto me gustaba estimular, para el goce de oirle la réplica, con la certeza de una inteligencia bien cultivada.

Ya no es nuestra luz la que ilumina su frente, ni nuestro aire el que le dará aliento para la charla vivaz y cáustica.

Ah! viejo Crovetto, viejo amigo, apresurado viajero como todos los que pagan su óbolo a Caronte: desde esta orilla de la vida te grito mi adiós último, con la garganta apretada...

Adiós, viejo Crovetto, a quien fuí el último en alcanzar esta madrugada el vaso de la vida!

En la bruma del coma pudo reconocerme aún alguna vez, y su mano flaca, como hecha sólo de huesos unidos por un atroz pellejo amarillo, presionaba la mía, rica de sangre, en una señal de reconocimiento.

Desde muy lejos, quizás ya en el tremendo vértice del límite, me llegaba aún tu voz, casi irreconocible:

...Bonavita...

Me tuvo en su amistad, sus rabietas, sus enfermedades y su agonía. Me tendrá siempre en el recuerdo triste...".

M. Ferdinand PONTAC

(Especial para EL DIA)



Ultima fotografía sacada en mayo de 1943 un mes antes de su muerte. Así lo vio la Unión, con su sacón de boyardo, los últimos días de su vida magnífica.

LA RESTAURACION DEL ARCO DE CONSTANTINO

A 1650 AÑOS DE SU CONSTRUCCION



Relieve del frente Este del Arco donde en la parte inferior podemos ver el dacio moribundo antes de la restauración.

EN octubre del año 312 de nuestra Era, Constantino derrotaba en Saxa Rubra (sobre el río Tíber y en las proximidades del Puente Milvio) a su adversario Majencio y entraba todopoderoso en Roma.

Esta victoria de Constantino tuvo para nuestra civilización cristiana una grande y capital trascendencia pues fue Constantino quien al año siguiente, en el 313, dio y reconoció la libertad de la Iglesia. Con el decreto dado en Milán que reconocía al cristianismo frente a la religión pagana y oficial, comenzó para el mundo un doble camino paralelo: uno de hondas transformaciones espirituales sociales y culturales y otro de amarguras y martirios que habían de venirle por la admisión en el gobierno temporal del Estado de gobernantes bárbaros que debilitaron el Imperio y lo llevaron a su disgregación.

En recuerdo de aquella victoria sobre Majencio y de la cual en este año se cumplen diez y seis siglos y medio ,se levantó en Roma un arco triunfal a los pies de los montes Celio y Palatino junto al Coliseo. Este arco, de gran belleza arquitectónica, tiene una altura de 21 metros y presenta tres arcos —más grande el del centro y de menores proporciones los laterales— que dan al monumento una serena y grandiosa nobleza cumpliendo eficazmente con su misión de arco triunfal.

Totalmente diferente en cambio, se muestra su decoración escultórica; en esto el monumento presenta una evidente falta de unidad; ello proviene de que para su decoración se usó relieves y ornamentos —además de lo sespecialmente ejecutados en el momento de su edificación— provenientes de otros monumentos de épocas diferentes (reinados de Trajano, de Marco Aurelio, de Adriano, de Domiciano) que hacen de él, un verdadero palinsesto del arte imperial romano. Y todos esos relieves tienen elevadísimo interés artístico; las mismas esculturas de la época de Constantino que son las que más se apartan de los cánones tradicionales tienen el inmenso interés de ser como el preludio del arte románico si es que algunos de sus trozos no son ya puro arte románico.

Sobre estos relieves, que estuvieron en sus comienzos policromados, Berenson hace un profundo estudio en su libro: *"El Arco de Constantino o la decadencia de las formas"* lleno de actual interés.

En el ático se lee, tanto en el frente norte como en el sur, la inscripción dedicatoria del monumento que reza así:

> *"Al Emperador César Flavio Constantino Máximo Pío Feliz Augusto, insigne por sus triunfos porque por estímulo de la Divinidad y por grandeza de mente, con su ejército vengó en justa guerra la República tanto del tirano como de toda facción, el Senado y el Pueblo Romano dedicaron este Arco".*

Nótese la expresión *"estímulo de la Divinidad"* que tanto podía ser aceptada por los propios paganos como por los cristianos. Y *"estímulo de la Divinidad"* cabía también dentro de aquella leyenda que recogiera Eusebio de Cesárea que cuenta que la noche antes de la batalla de Saxa Rubra se le apareció a Constantino el signo de la Cruz con la inscripción: *"In hoc signo vinces"* (con este signo vencerás); el Emperador hizo poner en sus estandartes la cruz de Cristo y con ello logró vencer a su adversario Majencio.

Cualquiera haya sido el origen de esta leyenda, ella parte sin duda de la gran cantidad de cristianos que componían su ejército —había centurias completas de ellos— y de la necesidad militar y política que tenía Constantino de contar con aquella cristiandad crecida sana, fuerte y prolífica a la sombra de las persecuciones y junto a legión de mártires. Lo cierto es que desde entonces la cruz coronó las diademas, los escudos, los globos —símbolos del poder— y que fue, amén de símbolo de fe, símbolo de triunfo.

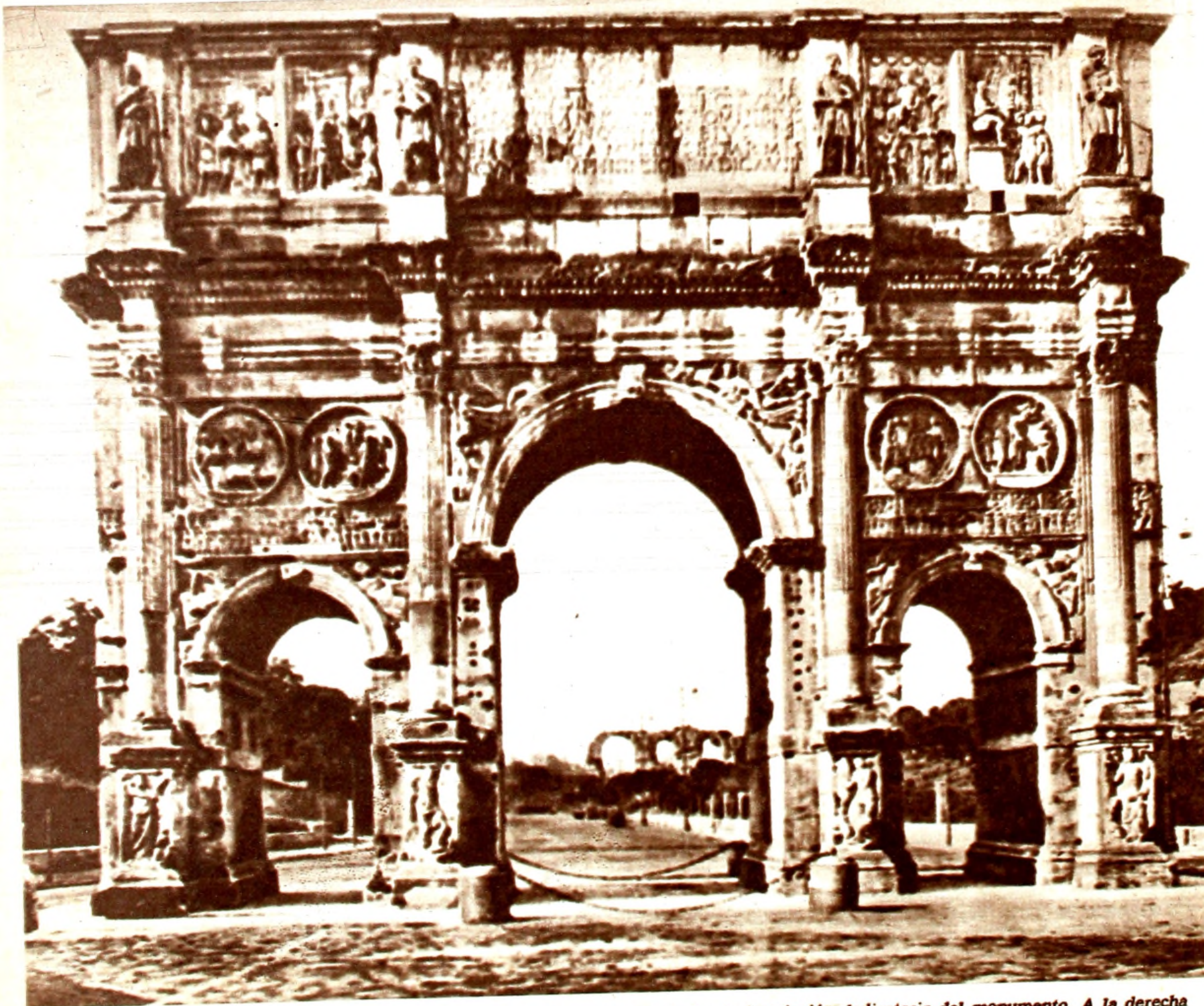
De cuanto venimos diciendo someramente podemos deducir la importancia histórica que tiene este monumento para nuestra civilización.

El Arco de Constantino ha sido también testigo de la transformación técnica económica y social por la que ha pasado la humanidad; a esa transformación se debe en parte los peligros por los que hubo de pasar y por los cuales muchas veces estuvo a punto de ir en ruinas y, paradojalmente, a ella misma también debe su conservación.

En la Edad Media, al igual que el Arco de Tito, fue incorporado a las fortificaciones que en esa parte de Roma levantaran los Frangipani, familia feudal que fuera dueña de una parte de la ciudad y que debía luchar contra los poseedores de otros barrios que también se fortificaran entre sus monumentos. En el siglo XVIII fue liberado de las construcciones que lo incorporaban a aquellas defensas, pero recién volvió a presentarse con toda su esbeltez después de la restauración de 1804.

Este Arco de Constantino ha servido de modelo a muchos de los arcos que en época moderna se levantaron en diversas partes del mundo; recordemos a título de ejemplo el de Carrousel (1806) que se encuentra en París.

En una mañana de marzo de 1955 los obreros encargados de arreglar el pavimento romano que rodea el Arco, encontraron, caí-



Vista del frente Norte del Arco de Constantino; en lo alto y en el centro, la inscripción dedicatoria del monumento. A la derecha el monte Palatino, a la izquierda el Celio.

ios durante la noche, algunos trozos de mármol desprendidos del monumento mismo. Fue la voz de alarma; de inmediato el Superintendente de los Monumentos del Lacio, Prof. Carlos Ceschi, y el Director General de Bellas Artes, Prof. De Angelis D Ossat, movieron un mundo de estudiosos y de técnicos para consolidar eficazmente el monumento. En abril se comenzaron los trabajos con la colocación de los andamiajes constatándose de inmediato la profunda alteración estática de algunos de los elementos estructurales de la obra, debido en gran parte al tráfico pesado que a ambos lados debe soportar el monumento; a esto se agrega la acción disgregante de los agentes atmosféricos en el sucederse de las estaciones y los cambios de la noche al día durante 1650 años.

En muchas partes de la decoración marmórea se ha verificado una transformación del carbonato de calcio, componente y ligante de los cristales que constituyen los bloques de mármol, en bicarbonato soluble

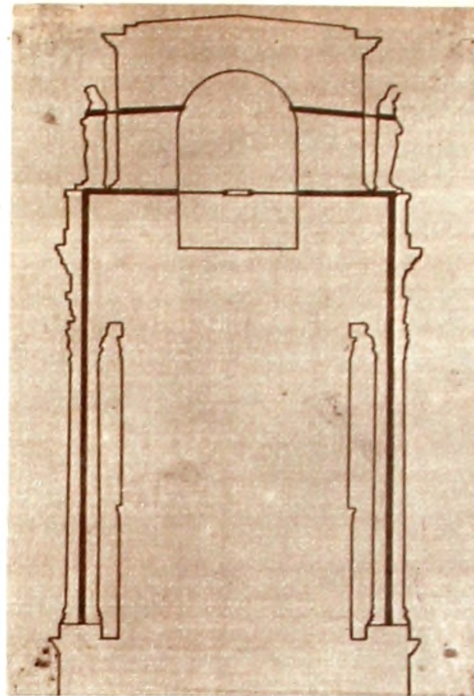
lumna sustituyó a la original en la restauración que en 1720 realizara el Papa Clemente XI.

La perforación de las columnas se efectuó por toda su altura incluyendo las bases y el dado de las estatuas (obsérvese el dibujo), el arquitrabe y el capitel

El trabajo fue lento; había que obtener una perfecta verticalidad; en las columnas perfectamente "vendadas" la perforación avanzaba unos 25 centímetros por día. Cada perforación alcanzó los 12 metros. Por el interior de esta perforación se introdujo una armazón de acero inoxidable y la cámara que quedó entre la pared de mármol y la propia armazón se rellenó con cemento a la presión de tres atmósferas.

Las grandes estatuas que se levantan en lo alto fueron unidas de dos en dos (cada una de frente opuesto) con ligaduras de acero que pasan por el interior de la estructura del arco.

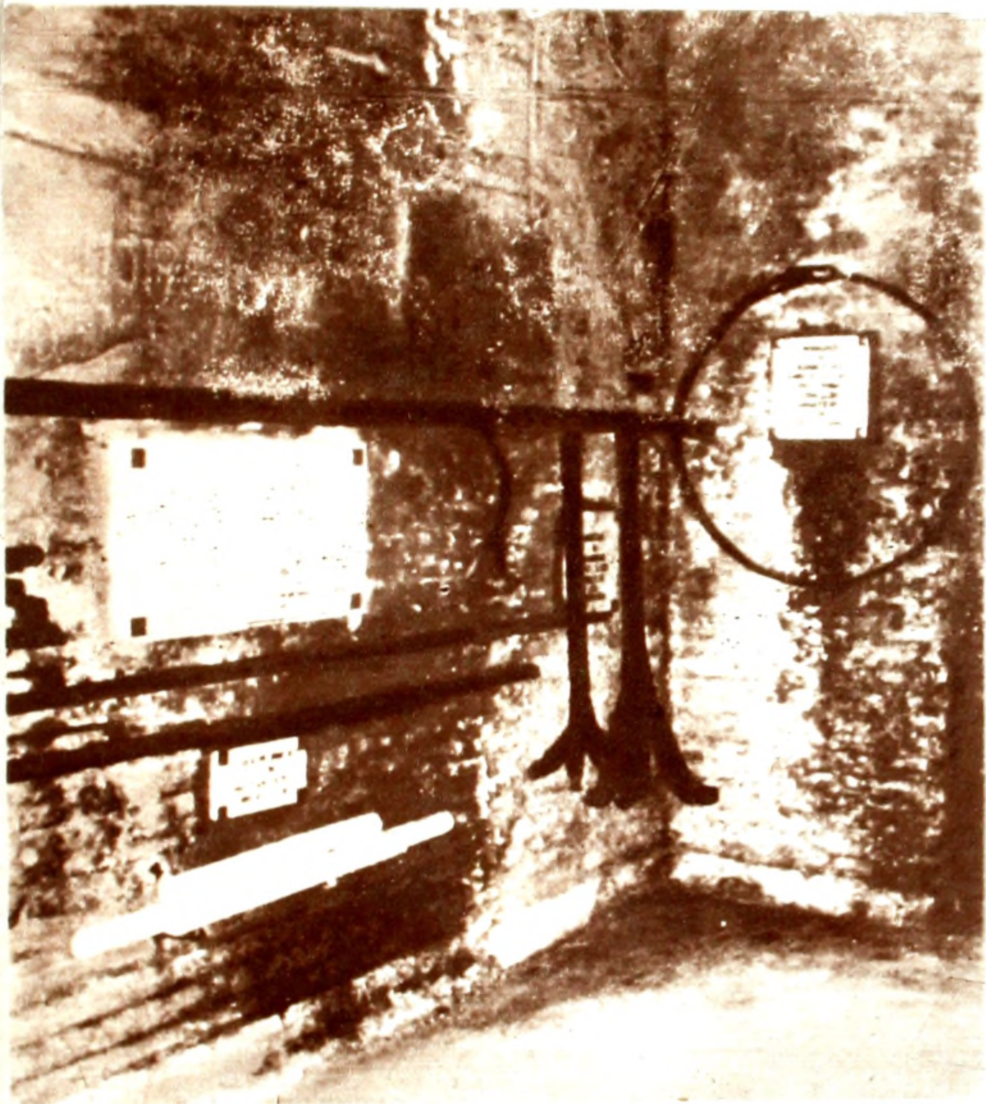
La cornisa fue cubierta con láminas de plomo creando una verdadera capa de pro-



Sección vertical del Arco de Constantino que no permite ver cómo fueron colocadas las estructuras de acero dentro de las columnas así cómo fueron ancladas las grandes estatuas.



La cabeza del dacio moribundo que se conservaba en los Museos Capitolinos de Roma y ahora restituida a su lugar original.



Vista del interior del aposento que ocupa toda la parte superior del Arco y donde se han colocado como en pequeño museo las partes quitadas recientemente con motivo de su restauración y que pertenecen a reformas anteriores.

y fácilmente alterable por los agentes atmosféricos provocando la pulverización de muchas de las partes decorativas. Hubo así necesidad de reemplazar trozos perdidos y en peligro de desaparecer por nuevo mármol; los trozos nuevos incorporados han sido martillados en tal forma que el estudioso puede reconocer fácilmente las partes de restauración de las auténticas.

El techo del monumento fue impermeabilizado, procediéndose antes a retirar los estratos que las sucesivas restauraciones habían agregado a su cubertura y que ocultaban una pavimentación romana hecha a base de pequeños adoquines. En esta parte se efectuaron inyecciones de cemento a presión y los trozos del pavimento fueron unidos con asfalto caliente. Los viejos estribos de hierro fueron sustituidos por otros de bronce y se procedió a reforzar las columnas de los extremos, las que presentaban evidentes signos de fatiga debido sobre todo a las continuas vibraciones del tráfico callejero.

Las columnas fueron perforadas en todo su largo; para este trabajo se usó dos clases de punta, en las columnas originales (son tres) talladas en mármol de Numidia (*"giallo antico"*) con punta de diamante y en la de "paonazzetto" punta de vidrio. Esta co-

tección que se adapta a todas las irregularidades de modo de evitar toda posible infiltración y el estancamiento de las aguas pluviales.

Se aprovechó la circunstancia de esta restauración para colocar en su sitio la cabeza de un guerrero dacio que se conservaba en los Museos Capitolinos.

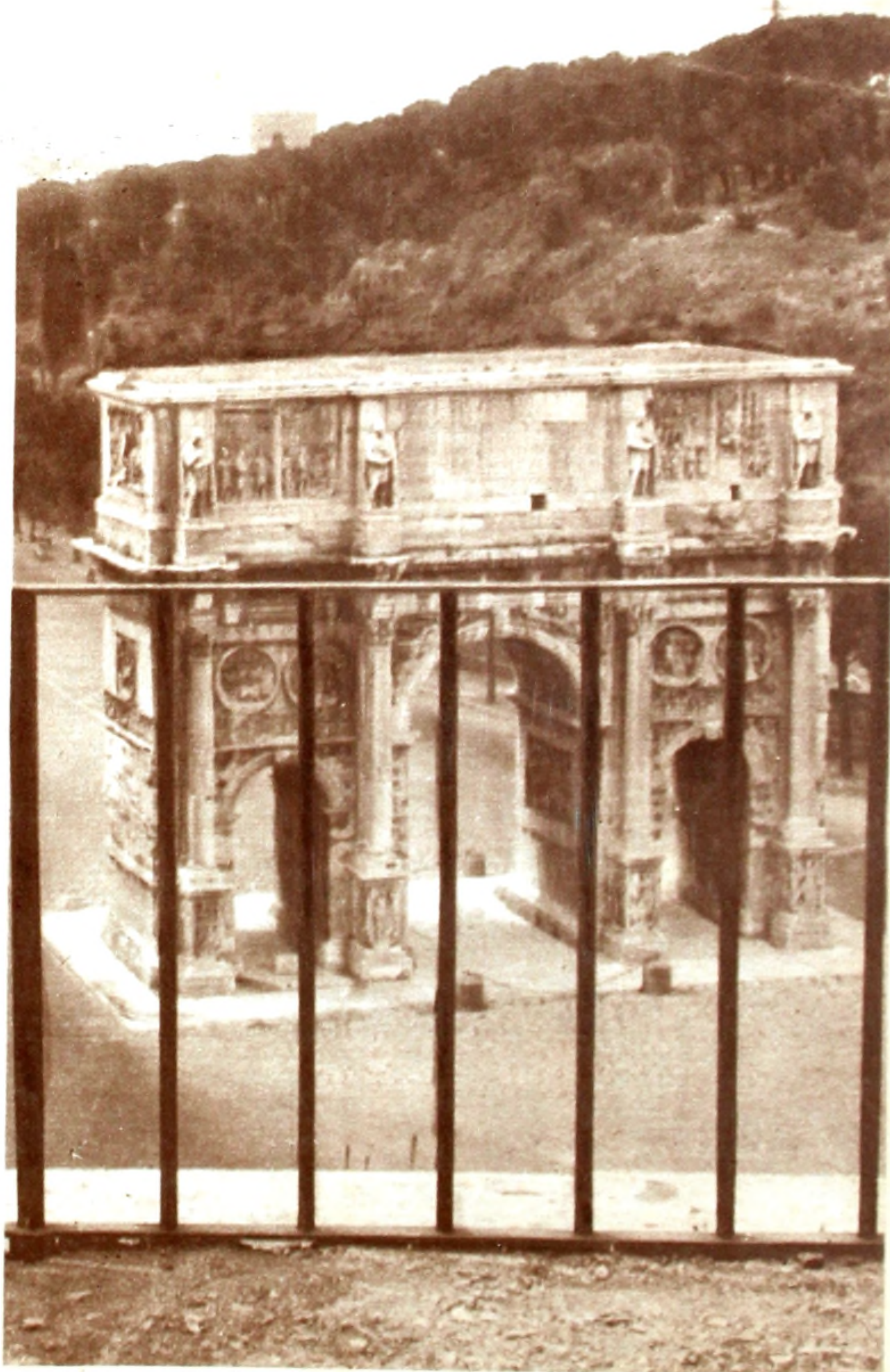
En el vano que se encuentra en la parte superior del monumento se han colocado, como en un pequeño museo, las argollas y los estribos de hierro elaborados a manos, que se usaran en restauraciones anteriores y que fueran suprimidos en esta última intervención.

La duración de los trabajos fue de diez y ocho meses.

Los datos técnicos expuestos en este trabajo, fueron sacados de la publicación hecha por el Prof. Francisco Sanguinetti, dando cuenta de los resultados de los trabajos y que fuera recientemente dada a luz; la noticia se postergó por algunos años porque los técnicos querían tener, con las constantes observaciones, las garantías que sólo el tiempo puede dar, de un trabajo cumplido con plena conciencia de la importancia del monumento que había que salvar.

Luis BAUSERO

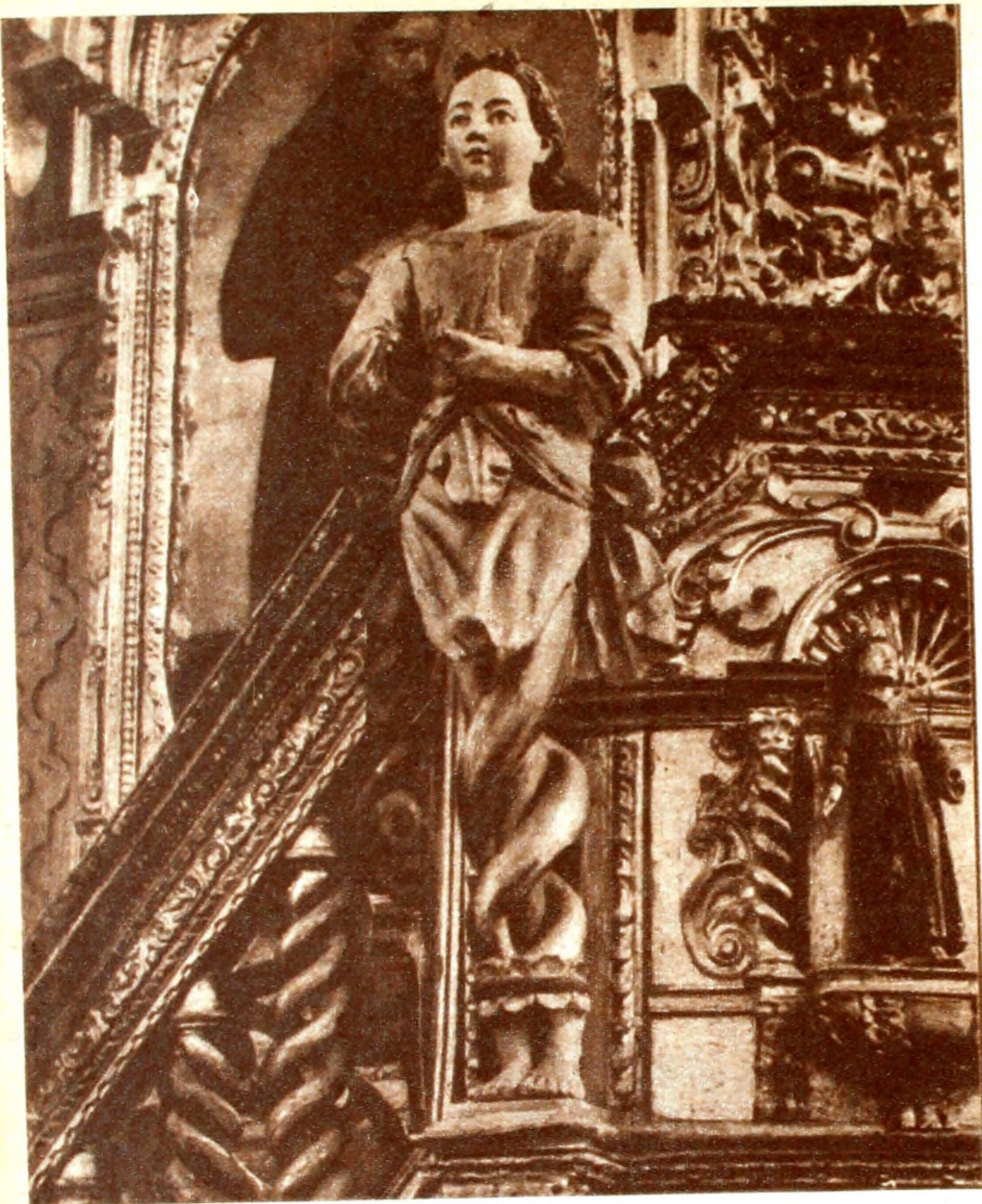
(Especial para EL DIA)



El Arco de Constantino visto desde lo alto del Coliseo. A la derecha del monumento se ven las laderas del monte Palatino. (Fotografía del autor).

CRONICAS ANDARIEGAS

EL GENIO DE LOS IMAGINEROS DE QUITO



Detalle del púlpito de San Francisco. El imaginero ha rematado en figura humana la columna salomónica, a la que ha añadido pies.

"De Quito al cielo
Sólo un pasito,
Y en el cielo
Un hoyequito
Para mirar a Quito"

(Popular anónimo)

POCO tendrá de alma quien no se conmueve frente a las estatuas piadosas de las iglesias de Quito, palpitantes de drama y de verdad, emergiendo entre alegorías de ángeles, aherrojando dragones, prometiendo paz y amor universales para un mundo convulso de pasiones y de odios. No sólo por el tesoro de arte que significan, que aun a los ojos más profanos se evidencia, sino porque en ellas se manifiesta cabalmente el esfuerzo de superar la limitación humana, en una ofrenda de belleza que es el patético empeño del individuo mortal, desamparado, anónimo, para dar forma duradera a su angustia, a su oscura odisea íntima, en el maravilloso exvoto que hizo florecer los altares quiteños con rostros donde la angélica hermosura es trasunto de la depuración de todos los apetitos pasajeros.

Sabido es que la iglesia fue, en siglos de la Colonia, y aun por mucho tiempo después, la escuela de los naturales del Nuevo Mundo: instrucción y proselitismo. A la sombra de los templos, la enseñanza nació impregnada de incienso y de dogmas, pero también, en el recogimiento de los conventos y de los monasterios, se aprendía la serenidad, ese dominio de la paciencia que no tiene plazo para la obra perfecta. Y si en Quito, fray Pedro Gosseal y fray Jodoco Ricke introdujeron nociones agrícolas y enseñaron a sembrar el trigo, también trajeron con ellos del Viejo Mundo, el fervor del Arte, cimiento de esa famosa "escuela quiteña" de tan rico influjo en todo el litoral andino.

De las cofradías, auspiciadas por la Iglesia, y de los gremios, que dependían de los Cabildos, salieron los pintores, y los escultores, entalladores e imagineros. Los escultores aplicábanse a ejecutar molduras, trabajos de ornamento, retablos; los entalladores, labraban bajorrelieves; los imagineros, las estatuas divinas. Los talleres llegaron a constituir toda una tradición, que no ha desaparecido del todo. Maestros aprendices, oficiales, pasaron de una generación a otra sus técnicas, sus modelos, su experiencia, en una continuidad de artesanado que en lo esencial se conserva todavía, aunque quizás se hayan perdido algunos secretos del oficio en el trasiego de tantos siglos.

El escultor ecuatoriano supo convertir el trozo inexpresivo de madera, en vehículo de la emoción estética y del sentimiento moral. Si el Hombre fue hecho a imagen y semejanza del Creador, estos dioses quiteños, sin perder su nimbo místico, fueron hechos a imagen y semejanza de la Vida. Su realismo, de tan marcado gusto español, impresiona ante todo los sentidos, y luego se va abriendo camino hacia adentro, subjetivándose. ¿Cómo desoir el lenguaje desgarrado con que cuentan su martirio esos "Ecce Homo" de pelucas desmelenadas, sobre las cuales las espinas eternas hieren gotas de legítimos rubíes en la frente, vueltos a lo alto los ojos despavoridos que se hunden en órbitas moradas, con túnicas de viejos terciopelos, generalmente sentados en sillones de cuero o de plata? ¿Cómo eludir la suave dulzura transfigurada que irradian esas vírgenes casi adolescentes, sometiendo bajo un pie leve y perfecto a la serpiente infernal, que llevan sujeta a una cadena? ¿Cómo no detenerse dudando si se trata de obra de arte o de niño vivo, ante aquellos cuerpecitos mórbidos, sonrosados, de esos Jesús recién nacidos, en plácida actitud de sueño, como los que talló, con amor y genio, "Caspicara"?

Porque es oportuno subrayar que esos lejanos artistas, fueron hijos de América, nuestros, indios y mestizos de talento, que asimilaron como discípulos ejemplares la enseñanza de sus maestros españoles, pero añadieron virtudes propias, inventando procedimientos originales y sirviéndose de las imágenes para expresar un concepto individual de sus creencias religiosas.

Allá vimos los testimonios directos de esa llama de inspiración que se gestó en la matriz de nuestro continente. Allá la preciosa Señora de Guápulo que talló el toledano Diego de Robles y policromó Luis de Ribera; allá, las elocuentes tallas del famoso padre Carlos, cuyo ingenio floreció en la segunda mitad del siglo XVII, y el Señor de la Columna, o la Negación de San Pedro, alcanzan para probar su destreza artística. Olmos —más conocido por "Pampite"— fue contemporáneo suyo, y aún estremecen sus Cristos agónicos, retorcidos de supremo dolor, ladeada la sufriente cabeza que remata cabello natural, extraviados los ojos, abierta la llaga del costado al punto de dejar entrever por las costillas el corazón que late todavía. Exasperado realismo, pavor y sangre derramada, muy del gusto indígena, que singulariza a casi toda la esta-



Con fondo de cerros, el templo de San Francisco muestra su magnífica fachada, con reminiscencias del Escorial.



Acabado exponente del barroco quiteño, es la Concepción.

El realismo de la imaginería ecuatoriana triunfa en el patético cuadro del "Tránsito de la Virgen"; ésta, y los apóstoles. en tamaño natural, se hallan en la iglesia del Carmen Alto.

...giosa ecuatoriana, continuadora en ... las escuelas españolas de Valla-... Sevilla.

...mente famoso fue Legarda, en el ...III, pues de su taller no sólo sa-... imágenes santas, sino espejos y corazones de cristal, marcos de vidrio, cureñas, cálices, miniaturas. Dio gracia rítmica a los retablos, y los que vimos en la Merced, en Cantuña o en el Carmen Bajo, son un exponente de madurez estética. También fueron numerosos los Nacimientos realizados en el taller de Legarda: San José, María y el Niño, los Reyes Magos, y los pastores que tipificando a los habitantes de la sierra, constituyen una muestra de costumbrismo nacional. Estos Belenes se popularizaron tanto, que se hallan no sólo en los templos, sino en todas las casas, ricos o pobres, en todo tamaño, de madera, de marfil, de tagua: suntuosos o humildes. fueron una tradición entrañable de la vida colonial.

... Convento de



Uno de los bellísimos Jesús, del indio Caspicara.

Pero sentimos predilección por las tallas magníficas de Manuel Chili, el célebre "Caspicara", contemporáneo de Espejo, que lo elogiaba merecidamente. Sus estatuas simbolizan un sobrehumano equilibrio, como si sobre ellas se cerniera la serenidad absoluta y la gloria del espíritu triunfante. Convergiendo hacia un mismo objetivo, ¡qué mundos tan opuestos representan sus santos de mejillas tersas y expresión recoleta, ante esos Crucificados empavorecedores del cuencano Zangurima o de su paisano Miguel Vélez, que ponía a los suyos uñas transparentes para acentuar el verismo! Conocedores a fondo de la anatomía humana, no ahorran un detalle de horror que llame a la piedad o a la meditación. Esas uñas de los Cristos de Vélez, fueran ellos de medida natural o de formato pequeño, constituyeron un guardado secreto. hasta que se descubrió que las recortaba del cañón de la pluma de aves de todo tamaño, desde las resistentes y fuertes del cóndor, a las diminutas de los colibríes, consiguiendo un efecto convincente al incrustarlas en los dedos de manos y pies de sus imágenes. Zangurima fue tan múltiple como el quiteño Legarda, pues en su escuela de Cuenca, se pintaban lienzos, se hacían joyas y forja artística, se trazaban planos edilicios, se componían relojes, se fabricaban guitarras y vihuelas. De la actividad plural de aquellos grandes maestros de la Colonia, se infiere que había efectivo despliegue de talento y de inquietudes creadoras, y lo avala de manera fehaciente, el tesoro acumulado que sigue siendo válido motivo de admiración y asombro.

Los imagineros se limitaban a esculpir la imagen; y el pintor la policromaba con materiales ricos, dignos del destino que iba a dársele. El oro y la plata molidos servían para recubrir la figura; bruñíasela, y encima se le daba la capa de color, que con el sustento metálico adquiría esos brillos secretos y sin rivales que cobraban mayor pujanza con los primores del estofado: un punzón iba rayando con habilidad, orlas y flores que dejaban a la vista el oro o la plata, bordados prodigiosos con que las manos indígenas ofrendaron su paciencia y su fervor, al embellecimiento de las deidades cristianas que vinieron a desplazar a los viejos dioses telúricos y a reinar sobre las conciencias en estas tierras de gentiles.

Indianos y mestizos insignes y a veces anónimos que legaron el fruto de su sentimiento para las devociones y las admiraciones de la posteridad, ¡qué sorprendente encuentro, fue el de esa consumada belleza, ese dominio anatómico, ese sentido de las proporciones, ese vigor y esa delicadeza, ese caricioso deleite del detalle, esa vivacidad del colorido, esa gracia alada que ilumina los rostros beatíficos con un resplandor que perdura a través de los siglos! En los arabescos de las túnicas, en la incrustación de las gemas preciosas, en la actitud purísima de los querubines, sobrevive el alma de los imagineros. Porque, si no, ¿de dónde esa reverencia que nace frente a esos Cristos terribles en el frenesí de su tormento, de cuyas heridas aun mana sangre fresca; de dónde ese angor Dei que sacude a ramalazos las carnes flageladas; de dónde ese ascético renunciamiento a los goces terrenales, esa fortaleza mística y ascendente que alumbra con más fulgor que los enormes cirios votivos que arden al pie de las imágenes?

El tiempo que ha volteado siglos sobre los tejados y las torres de Quito, da la bendición imborrable de su pátima serena que monumentaliza a la ciudad misma: y bajo esos tejados y al amparo de esas mismas torres, siguen irradiando su prestigio sin edad, las viejas tallas maravillosas que consagraron la impar maestría de los imagineros coloniales.

Bajo las livianas vestiduras de las estatuas, aun parece sentirse el jadeo de la vida.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

El Parte del Comandante Abascal



SOBRE el pasto de una de las oscuras abras, en el monte del Palmar Grande, que una mañana lluviosa de octubre hacía más sombría, cuarenta hombres rodeaban tres fogones sobre los que chillaban calderas y goteaban costillares de vacunos. Apoyadas en los árboles habían lanzas y armas de fuego. Los guerreros tomaban mate si-
enciosamente, concentrados. Uno de ellos, lto, atlético, cuyo cigarro de chala casi esaparecía entre el bigote y la barba borascosa, alzó su voz. Todos atendieron resetuosamente sus palabras.

—Tamos rodeaos. La única salida que hay s la Picada Negra. Pero sobre la mesma icada ta el rancho de Perico Madruga. Senr el borbollón y salir como cuete pai mpamento del coronel Figueredo, es una. o pisamos las puntas de la sierra cuando nos cáin como máiz frito. Y son tresentos... quedaremos de carniza pa los ervos.

Terminó su mate el jefe —que era el mandante Ginés Abascal— chupó su cirro y siguió:

—Tenemos que seguir a lo nutria entre tas ramazones... ¡pero yo no nací pa tria! Uno de ustedes va a dir de chasque. iene que pasar por la picada, a media che, tratando de no pecharse ni con una rmiga, y dispués dentrar a la sierra por más fiero, que es ande dá el campo de don Luis Moyano, para amanecer sobre la costa de los Tarumanes. Y allá averiguar ande anda el coronel Bermúdez, que no ha de andar muy lejos, y darle el parte...

Un tipo aindiado, de raleados bigotes y melena tendida, habló de esta manera:

—Desculpe, comandante: conozco tuito ese camino como las priendas de mi recao que va pa quince años lo uso. Conozco el rancho de Perico Madruga y las mañas de Perico Madruga. En la hacienda de don Moyano juí pión recorredor tres años; conozco la sierra piedra a piedra. Y con decirle que al coronel Bermúdez le varié un parejero tostao más de seis meses me parece que le he dicho tuito lo que se pué decir.

De hito en hito lo miró el comandante Ginés. Este indio se le había presentado hacía veinte días cuando con su gente pasó orillando la frontera. Llegó bien montado y ostentando una lanza gigantesca. Le dijo:

—No te via esconder que la cruzada es muy fruncida...

—Fruncidasa, comandante.

—Que tal vez solo un lagarto pueda hacerla sin quiebra...

—Un lagarto muy alarife, comandante.

—Que si Figueredo te corta el viaje te corta el gañote...

—Sin darme tiempo ni pa persinarme, comandante.

—¿Te animás a dir, pués?

—Déme la orden.

—Ta bien. Dispués de anochecido tres horas, enderezás a la picada. Por tu cuenta queda el pasarla, gambetiándole a Perico, ganar la sierra, cruzarla y encontrar al coronel Bermúdez. A él le tenés que entregar un papel ande irá mi marca. Y le decís ánde y cómo estamos...

Así fue. Sobre la llamarada de uno de los fogones el comandante, luego de romper una hoja de papel que envolvía fariña, trazó en él un garabato. Y se lo entregó al indio que de caballo ensillado aguardaba.

—Güeno, indio: sobre la medianoche ya estás en la picada. Y si no se te atraviesa nada, ojalá que pasao mañana te vea de nuevo mesturao con la gente del coronel que, colijo, se va a venir como gato al bofe... Asina es que te viá hacer una cruz pa que Mandinga no meta las guampas en tu viaje.

Y con amplio ademán santificó al indio. Montó éste y desapareció en las sombras.

Si el comandante Ginés no quería seguir en el monte a lo nutria, menos lo quería el indio, quien había olfateado la cercanía de aquellos trescientos que mencionó el jefe, y ya se veía ensartado en una hoja de lanza o hecho criba bajo la descarga de una tercerola; y él se había incorporado con el sólo fin de ir pulpeando gordo. amargueando caliente, y cañeando frío. Con aquello del chasque vio la ocasión de escurrir el bulto.

Pasó como una sombra frente al rancho petiso de Perico. Entró a la picada con el caballo de tiro. Al salir de la senda, mismo en la boca del monte, se pechó con dos bultos. Y ya sintió el grito:

—¡Alto, o dése por dijunto!

Quedó petrificado. Allí, cuidando el cruce, estaba Perico y otro hombre.

—¡Nómbrese y diga su rumbo!

—Soy Loreto Ponce y ando buscando la gente del coronel Figueredo pa priesentarme.

—¿Y diánde sale que se vino sobre la picada?

—Antiyer cuasi me peché con una juerza de palomos... Gané el monte, aguaité la noche, y salí por este lao.

—Ta bien, —habló Madruga— siga el camino y en el primer cruce agarre el de la derecha. Dispués de una legua corta ta la gente del coronel Figueredo.

Siguió el indio, pero no tomó la derecha pues no quería asuntos con Figueredo.

—A lo más en dos días —iba pensando, sin habérsele ido aún el carozo que se le atravesó en la garganta ante la presencia de Perico Madruga— que se trenza con el comandante Ginés. Y yo no toy pa repiques, y menos repiques con plomo... ¡Pucha, ni sé cómo me le zafé a Perico!

Así es que quebró a la izquierda, cortó campo, y entró en la sierra. Cuando amaneció iba pasando frente a la pulpería de Charquero, a la salida de la quebrada. Estaba trancada. Ganó entre unas piedras grandes, las últimas de la última estribación, desensilló, hizo cama... y como a las diez lo despertó la música de una carreta que iba cantando por los ejes. Conoció que el amanecer había sido frío pues tenía los pies como vidrio. Llegó a la pulpería. Había tres o cuatro paisanos trenzando comentarios sobre la revolución.

—¿Por un casual, amigo, —le preguntó Charquero— no vido gente atremolinada?

—Antenoche supe que el comandante Ginés ta cerca y que el coronel Figueredo no anda lejos.

Se le acercaron y el indio aprovechó el interés con que lo escuchaban para enhebrar una sarta de impresionantes guayabas y enfundarse media docena de ginebras. Se punteó por lo alto, comió a lo grande, y se dispuso a roncar tranquilo. A Charquero le cayó bien la compañía de hombre tan encorpado y que hablaba con tanta suficiencia. Cuando Loreto despertó de su turbia siesta, le propuso:

—¿Por qué no se queda y nos acompaña, amigo? Semos na más que yo y mi mujer. Le doy una tercera de sociedá en el negocio...

El indio meditó un instante y respondió: güeno.

Después de cenar, en el cuartito que le dieron comenzó a desnudarse para ganar la cama; al sacarse la bota derecha le asomó entre el dedo gordo del pie y el otro la punta del papel. Con él ya se había topado en la siesta. Lo sacó y lo abrió pues estaba doblado en cuatro. Vio la marca del comandante Ginés en él; era el parte. Empezó a rascarse la mollera... pero había comido mucho y el carlón bebido le cerraba los ojos. Claro el día. cuando despertó, vio otra vez el papel... Lo dobló lo acomodó entre los dedos y se calzó.

Y pasó un mes viviendo a lo rico. La única contra que tuvo en aquel correr de días generosos fue el papel. Al acostarse se lo sacaba; al levantarse lo volvía a su sitio. En el fondo era una cuestión de conciencia, algo más fuerte que él. A veces le venían ganas de arrimarlo a la vela. Pero recordaba que el comandante Ginés y sus compañeros estaban sumidos en el monte del Palmar Grande esperando la salvación en el coronel Bermúdez.

—Este papel —monologaba a veces— se me ta aquerenciando entre los dedos, y me los tiene ampollaos. Pero la custión e que tengo que entregarlo al coronel Bermúdez... muy desalmao sería...

Hasta que Charquero le pegaba el grit y marchaba a la cocina donde comenzab a besar la bombilla del amargo y el gollet de la limeta... y a mirar de soslayo doña de su socio que a veces le mandab un retruco en otro soslayo. Al fin suced lo que tenía que suceder, fatalmente.

Una luminosa mañana de noviembre e traron ruidosamente a la pulpería de Cha quero cuatro paisanos. Pidieron naipe y b bidas a gritos. El pulpero, mientras serv



José Asunción Silva. (Fotografía de Esperón).

JOSE ASUNCION SILVA Y BOGOTA

O rezó para José Asunción Silva la estrofa desencantada de sus Filosofías: arte sacrifícate: combina, / pule, escul- extrema! / Lucha y en la labor que te mina, / —lienzo, bronce o poema— / tu esencia, tus nervios, tu alma to- / ¡Terrible empresa vana! / pues que obra no estará a la moda / de pasado ñana), por la humanidad de sus temas, orosos o irónicos, por la tinta verdadera a que iba un poco de su sangre. Temas no se agotan porque son de los destinos a renovarse en la existencia, espejos los que comparece la faz anímica, y os de ellos trasunto del ambiente bogo-, toques de lo incambiable de su pai-.

arlos García Prada repara también en que puede decirse *bogotanismo* de Silva, n que, a pesar de la educación europea le distinguió, es "el producto más genuino y *natural* de Bogotá". La sabana de gotá —escribe García Prada— antiguo do de un lago desaparecido y asiento de antigua cultura chibcha, asimismo desaparecida, es una amplia meseta llana, esta, gris y monótona, que sólo de trecho trecho se ve cubierta de árboles de esas frondas. Sus tierras —divididas en celas donde se crían ganados y se cul- n el trigo, las patatas y las hortalizas— surca el río Funza, cenagoso, amarillen-... Es un río que gira y se desliza, abulo y silencioso, en caprichosos meandros, que luego se *suicida* al precipitarse —en lo alarde de fuerza y de alada gracia sical— por entre peñones inmensos, formado así el famoso Salto del Tequendama, adoraron los indios y que ahora can- los poetas... La sabana es sencilla y ria. Rodéanla montañas peladas y páras imponentes y la envuelve un aire frío delgado... Por la mañana despierta en- neblinas. A mediodía su cielo es de una pureza y transparencia desconcertantes —decía Silva— y sus montañas que baña el sol se perfilan con brutalidad y nitidez, como las sombras chinescas. Desaparecen los colores. Ni el negro ni el blanco resisten a la luz. Al atardecer, los que viven en la sabana, parece que se embeben en la contemplación de la quietud, pero no siempre, que en ocasiones los últimos fulgores del sol que llamamos *de los venados*, les dan a las cosas un colorido singularísimo —amaranto desteñido y violado grisoso— que parece un inefable presagio de muerte", y concluye en que tal ambiente que según López de Mesa imprime al espíritu un ritmo evanescente de intimidad lírica y asordinado escepticismo, fue comprendido, asimilado, expresado por Silva.

Es un aire delgado el de la sabana, que circula por los poemas de José Asunción Silva. Y aun cuando se acerque a Poe con el que algunas veces se le halló semejanzas, y sea como él "crepuscular y alucinante" y exprima de sus Gotas Amargas sabores parecidos a los ácidos de Heine y de Bartrina, es sobre todo, de acuerdo con el penetrante juicio de García Prada, andino... Así cree que el célebre Nocturno es más que de las reminiscencias poeanas, "de la inquietud y la añoranza andinas" y que, en siendo versión sincera de universal dolor, no deja de llamar, en sus cortadas notas, a la quena indígena.

El bogotano observa, marcha envuelto en fría onda, fija cuadros a la luz cenital de sus horas brillantes, o en la mayor parte de las veces, asiste a la salmodia del aguacero. Para moderar sus melancolías acude a la sonrisa crítica, se cree poseído del mal del siglo, revienta en paradojales decires y se traza una cruz de lápiz en el calvario cordial porque ese fino se obstina en pensar en el desafinamiento del mundo.

A los primeros versos intitulados "Primera Comunión" que Alberto Miramón cree que corresponden a sus diez años, acuden los "dulces niños" colocados junto al altar de rodillas y "los viejos santos en los lienzos de oscura vaga tinta", infantes e imágenes bogotanos. La ventana es evocación de la reja colonial en la que se colocaba, en Domingo de Ramos, una palma bendita, destinada a quemarse para conjurar la furia de las tempestades y el estallido de los rayos, invocando, como en el Quito de otrora, a Santa Bárbara doncella. Es bogotana la "dulce niña pálida" de la voz de "suavidades de raso", como mecida entre las eses. Es de la sabana su "Crepúsculo" de versos dodecasílabos que anticipan a los de Darío, cuando se filtra "opaca, por entre cortinas, de la tarde triste la luz azulosa" y los niños suspenden sus juegos para ir por los senderos de los cuentos. Y bogotano, o de Caracas o de Quito, es otro poemita infantil, de frases tan veraces, "Los maderos de San Juan", cuando "en las rodillas duras y firmes de la abuela, con movimiento rítmico se balancea el niño". Y santafereña la "Serenata", cuando el cantor asciende a los hierros de la vieja ventana, —"y dan como un gemido las cuerdas frágiles de la guitarra"—, un poco como nuevo Romeo.

Muy bogotano su poema "Día de Difuntos", con la luz vaga, opaco el día y los hilos penetrantes de la llovizna. No las campanas de Poe. Campanas de Santa Fe, bronces que tocan a muerto; voces que salen de las torres de las iglesias de Bogotá, dispersadas como a voleo en todo su recinto: una campana que se queja y otra campana que llora; ésta tiene voz de vieja y esa de niña que ora... Lastimados bronces; grandes campanas que "dan un doble recio" y también campanas de plata, de fiesta, de timbre de "sutiles armonías".

Pero la sabana está y se queda en el Nocturno del que dijo Juan Ramón Jiménez que es el germen de tantos otros, que tiene la calidad de un preludio de Chopin eterno, y de música hablada, suma de amor, sueño, espíritu, magia, sensualidad y melancolía humana y divina.

Cadencia del cuervo de Poe quisieron encontrar en el Nocturno y si vale la propia declaración de Silva en cuanto al tono de los tetrasílabos que salieron más bien de una fábula de Iriarte, no son pocos los críticos que han reconocido en el poema inmortal el milagro de una música nueva tendida sobre el ligamen de los viejos metros y toda consideración preceptiva vuélvese formalista frente a la lectura que no cansa en repeticiones de tal poema que vela a la muerte y sala el labio con auténtica lágrima.

Es bogotana esa noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas, de luciérnagas que ardían en la sombra nupcial y húmeda, y en la que van por la sabana los que ven sus sombras por los rayos de la luna proyectadas, que se juntan sobre las arenas tristes de la senda "en una sola sombra larga". Inaudito hallazgo de la conjunción de las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas; de la soledad, de la separación "por el tiempo, por la tumba y la distancia", del "infinito negro donde nuestra voz no alcanza", y mientras se oyen los ladridos de los perros a la luna y el chirrido de las ranas, la impresión de frío, de aire cortado y helado, como el de sus mejillas y sus sienes entre las sábanas mortuorias.

Augusto ARIAS

(Especial para EL DIA)



Mausoleo de Silva, en el Cementerio Central de Bogotá. Junto a él, el poeta venezolano Jorge Schmidke, quien escribió soneto parnasiano sobre el poeta que fue "por la estepa lunar" unido a la sombra de la muerta Elvira, y el Académica colombiano Carlos López Narváez (agosto de 1960).

---

pezó a averiguar sus vidas.

—Sí, señor. Semos de la gente del coronel rmúdez. Hasta antiyer anduvimos de lan- enarbolada. Se hizo la paz... y a tu rra grullo, aunque sea en una pata. No a mucho que llegue el coronel con el mandante Abascal, al que juimos a bus- al monte del Palmar Grande, ande se bía encuevao con un escuadrón entero...

Tras el mostrador estaba el indio Loreto nce. Sus rostro, que era color chocolate tido, fue pasando por una graduación de alidades hasta llegar al verde. En puntas pie salió por el fondo, montó de salto el petiso del piquete, arreó su caballo sta el corralito, sacó su apero del galpón, silló, fue a su cuarto, llenó dos maletas n sus mulambos, y montó. Cuando salió camino el comandante Ginés iba llegando. vió y lo conoció. Y gritó:

—¡Atajen ese hombre, manéenlo y trai- nló a la pulpería!

A Loreto la voz impresionante del comandante le tocó los resortes de sus pier- s, se los aflojó, no pudo cerrar espuelas. En el salón del negocio fue el juicio. Sobre un cajón acomodaron al indio, de pata y brazo trabados. Frente a él, en un semicírculo, se sentaron los jefes, algunos oficiales y muchos aparceros. El comandante empezó la acusación:

—Por vos, indio trompeta y perdulario, ruin y cascarriento, pasé yo y cuarenta compañeros, metidos en el monte del Palmar Grande, viviendo a lo yaguareté hoy, a lo nutria dispués, y por último ni a lo aperiá porque se nos acabaron las carniadas, los pescaos, y cuanto bicho vivía en el monte. Sólo se salvó un chajá y eso porque nos servía de bombero. Muertos de hambre, durmiendo con un ojo abierto de turno, con el coronel Figueredo cerrando cada vez más la ronda del lazo, los más de los últimos días a lo macaco en la punta de los sarandises, sin yerba, sin giniebra, sin tabaco...

Tomó resuello el comandante, un resuello dramático, desorbitados los ojos.

—¿Qué hiciste con el parte, bandido?

El indio medio se acomodó sobre el cajón. Y habló:

—Comandante, mándeme sacar la bota derecha.

Abascal dio la orden. Dos paisanos tironearon. El indio abrió los dedos del pie, y dijo:

—¿Ve? Ahi ta el parte. Con él he andao más de un mes, que ya me desoyó los dedos. Noches y días sintiéndolo que me comía el cuero como una escofina, noches y días campiando al coronel Bermúdez por cuanta biboca había. Que bandiando arroyos, que saltando piedras, que charquiándome en la paja brava de las cañadas y, como adorno, mezquinándole el cuerpo a los tábanos y a los mosquitos. Si usté y sus aparceros pasaron hambre, yo, en el campo de don Simón Tejería, de hambre me comí una mulita cruda, que ni yesca tenía; y creo que me quedé sin tripas dende ese día... Mire, comandante, y desculpe: cada cual cuenta la penca asigún le jué. Ricién, dispués de vivir atormentao, que ni Mandinga ha vivido, me topo con el coronel Bermúdez. Ahi ta el parte, coronel, pué sacarlo...

El coronel, el comandante, los oficiales, el mismo Charquero y su mujer todos en fin, miraban los detalles del rostro del indio, uno por uno. Y les parecía mentira que hubiera dicho lo que dijo. Hubo un largo silencio. Al fin el coronel declaró:

—Pa este indio, comandante, no hay castigo decretao. Tenía que ser pior que jusilarlo, pior que ahorcarlo, pior que quemarlo, pior que descuartizarlo. Y porque no hay castigo decretao yo le pido que le mande soltar la reata. Que monte a caballo y que cuatro lo acompañen y lo dejen Brasil adentro, bien adentro. A lo mejor allá termina con la fiebre amarilla que, asigún dicen, viene brava y arrimándose pa este lao. Y que por lo menos hasta que lo dejen lleve el parte entre los dedos, por su fechuría.

Y así se hizo.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)

ORIGEN DE NOMBRES Y APELLIDOS



De todos los pueblos de la antigüedad, fueron los romanos quienes crearon la más compleja denominación personal.

La necesidad de dar un nombre a las personas es consecuencia del comienzo de la vida de relación, a fin de conocerlas y evitar confusiones en el conglomerado social. Precisamente, *nombre* procede del vocablo latino *noscere*, que significa conocer.

Los hombres, lo mismo que las cosas, tuvieron en épocas pretéritas que adquirir una denominación diferenciadora: de no tenerla, se habría caído en el caos.

En las antiguas civilizaciones, nace la preocupación por nombrar a las personas. Así, en la "Odisea" (VIII - 552) Alcinoo se dirige a Ulises en los términos siguientes: "Dime el nombre con que allá te llaman tu padre y tu madre, los habitantes de la ciudad y los vecinos de los alrededores; que ningún hombre, bueno o malo deja de tener el suyo, porque los padres lo imponen a cuantos engendran".

La rama de la Lingüística que estudia el origen de los nombres se llama "Onomástica" u "Onomatología"; forma parte de las investigaciones históricas de los países, y como consecuencia de la diversidad de éstos, cada tipo de civilización tiene sus caracteres propios.

Del estudio comparativo del origen de los nombres en los distintos pueblos, se advierte que son vocablos simples, derivados o compuestos, y aun frases que se refieren generalmente a cualidades físicas o morales, al lugar del nacimiento y a diversas circunstancias de la vida cotidiana, como oficios, religión, estados sociales, o simplemente al azar caprichoso. Así, Pablo significa (de baja estatura), Blas (tartamudo), Platón (ancho de espaldas), Eugenio (bien nacido), Hipólito (que desata los caballos), Edipo (pies hinchados).

Cada persona toma su nombre con gran cariño y lo considera como algo incorporado a su protoplasma; en virtud de ello, se molesta cuando se le llama equivocadamente, o se le escribe mal, o cuando por razones especiales alguien bromea a costa de él. (Imaginemos las situaciones en que se encontrarían quienes se llaman Simón, si sus amigos supiesen que en griego significa "chato").

Tanto apego tiene cada persona a su nombre, que la mayoría de los padres trasmiten el suyo a alguno de sus hijos como medio de prolongar su vida, como hacían los soldados de Alejandro, que llamaban a sus hijos con este nombre para que no desapareciera con la muerte del Conquistador. Este culto entrañable por el nombre personal, se convierte a veces en temor de evocarlo una vez desaparecido el poseedor, y se reemplaza por algún vocablo o perífrasis. En nuestro medio es común no nombrar al pariente muerto, se dice "el finado", "el pobrecito" etc. Los discípulos de Pitágoras no se atrevían a pronunciar el nombre del maestro, que en vida era "él" y después de muerto se convirtió en "aquel hombre".

De todos los pueblos de la antigüedad, sin duda es el romano el que tenía más precisión para individualizar. Así, cada persona se singularizaba por tres componentes: el "prae nomen", el "nomen" y el "cognomen". El primero indicaba la estirpe, el segundo se refería a la rama familiar a que se pertenecía y el último era el nombre personal, el nombre de pila, diríamos hoy en lenguaje cotidiano. Ejemplo: Marco Tulio Cicerón.

Los nombres latinos procedían a menudo de cualidades personales: Augusto (magnífico, ilustre), Constancio (que tiene firmeza), Valerio (el fuerte), Flavio (rubio como miel). Otras veces indicaban el orden de nacimiento: nos quedan Primo, Segundo, Quintiliano, Octavio. En ocasiones, eran solariegos: Adrián (de la ciudad de Adria), Urbano (perteneciente a la ciudad), Rómulo (de Roma), Lucano (de Luca), Tiberio (de orillas del Tibet).

En Roma, las mujeres no tenían nombres individuales. Se las designaba simplemente con el nombre del tronco familiar, terminándolo con letra "a": Cornelia, Julia, Inocencia.

En la Grecia antigua, las personas solían llevar un solo nombre: Sócrates, Esquilo, Pericles. En los casos en que se necesitaba una mayor precisión, la filiación se indica con el nombre del lugar de origen: Tales de Mileto, Zenón de Elea. Safo de Lesbos. Se desconocía en la Hélade, eso que hoy llamamos apellido, por cuanto el nombre único era lo suficientemente individualizador por su significado conceptual, que resultaba algo así como una radiografía de la persona: Aristóteles (que persigue buen fin), Cleopatra (gloria de su padre), Demóstenes (poder del pueblo), Lisandro (que resuelve un combate), Sófocles (glorioso por su sabiduría).

Los hebreos, de acuerdo con sus tradiciones bíblicas, empezaron por dar nombre a los los primeros seres humanos: Adán (hombre de la tierra), Eva (la vida, madre de todo lo viviente). Los primeros nombres hebreos fueron símbolos característicos de tiempos legendarios; luego, cuando las personas tomaron condición histórica se volvieron más realistas y precisos.

Los hebreos, como otros pueblos primitivos, carecieron de apellidos. Los nombres se refieren fundamentalmente a la función del individuo en el grupo patriarcal, a las cualidades morales y a las relaciones del individuo con la divinidad. Abraham (padre de las multitudes), Benjamín (el preferido), Jacobo (el que suplantará), Omar (elocuente). Los nombres de mujeres son generalmente poéticos: Ana (llena de gracia), Ruth (la amiga fiel), Sara (la mujer preferida), Salomé (la apacible). Los nombres de varones están en su mayoría referidos a la divinidad: Daniel (juicio de dios), Gabriel (varón de dios), Lázaro (a quien dios ayuda), Juan (dios es misericordioso), Manuel (dios está con nosotros).

Es de advertir que muchos nombres que pasan por hebreos son de otros orígenes, y la tentativa de la Biblia de conceptuarlos por tales no da resultados científicamente exactos, empezando por Moisés (salvado de las aguas), que es de etimología egipcia (mos-ah), que en lengua de faraones significa "hijo de Isis".

Los germanos tienen para designar a las personas las mismas características de los pueblos citados anteriormente. Guerreros por sobre todo, los nombres de varones están referidos a la lucha, a la fortaleza, al valor: Gerardo (fuerte con la lanza), Gonzalo (dispuesto a la lucha), Gustavo (el que combate con la estaca). Ildefonso (guerrero noble), Leopoldo (valiente entre todos), Ernesto (con poder de águila), Rodolfo (lobo de fama). Hasta los nombres de mujeres presentan el aludido carácter: Brumilda (luchadora de coraza), Clotilde (que lucha con gloria), Matilde (que lucha con fuerza). Rosamunda (que defiende la fama). No falta claro está, la metáfora sutil: Adela (de noble figura), Alberto (brillante por su nobleza). Berta (la distinguida). Hugo (espíritu sensible) Sigfrido (que por la victoria procura la paz).

Finalmente digamos que en la España primitiva circulaban los nombres de los pueblos invasores, especialmente los griegos, los romanos y los germanos. A principios del siglo XIII se comienzan a fijar y a trasmitir en la Península los llamados patronímicos y los apellidos, es decir los derivados del nombre de los padres y los que los reyes de la Edad Media daban a los hidalgos y caballeros que convocaban para la guerra (convocar procede de *apellitare* que significa llamar). De aquí apelativo o apellido.

Los patronímicos se formaron con las formas acentuadas y no acentuadas "ez", "iz" y "z" que significan "hijo de". En consecuencia, Sánchez es el hijo de Sancho, Fernández el de Hernando, Rodríguez el de Rodrigo.

Otros apellidos españoles son de origen diverso. Algunos proceden de plantas, como: Acevedo, Olivares, Romero, Pineda, Ortiguera, Avellaneda, Retamosa. Otros se refieren a la naturaleza, al campo o a la ciudad: Barranco, Castillo, Cerro, Huertas, Cortijo Montaña, Sierra, Río, Ribera, Peñasco, Laguna, Roca. Los hay que indican el oficio de quien los adoptó: Herrero, Platero, Mesonero, Criado, Pastor, Caballerizo, Sastre, Guerrero, Escudero.

Transformaciones fonéticas y ortográficas han determinado copiosas variantes en nombres y apellidos. En efecto: *Diego*, que lógicamente debió dar *Diéguez*, generó también a *Díaz* y *Diez*. Del primitivo *Belaiz* se derivaron *Beláez*, *Paiz* y *Páez*. Existen en lengua española centenares de transformaciones de este tenor.

Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA)



Adolfo Simón Massa, fallecido el día 20 de febrero pp

FILOSOFIA Y MUSICA UNIFICADAS POR WAGNER

pesar de todas las evoluciones anteriores y posteriores, creemos que uno os momentos más culminantes de la ca musical, por el hondo sacudimiento causó, fue el nacimiento del drama eriano. El famoso "caso Wagner" po-ado ardientemente por Nietzsche, hoy emos a la distancia, es lo que quizás dado más popularidad al autor del án. Estemos a favor o en contra de eología, llegaremos siempre a una mis-categórica conclusión: la personalidad Vagner es inmortal, es subyugante y es ionante. Pues solamente el ser que valor puede suscitar esas polémicas, es debatible lo que tiene algo de esen- Lo nulo, lo negativo, no da motivo de isión, sino de indiferencia.

n verdadero caos de luchas encontradas acciones opuestas fueron material para miles de páginas que se escribieron y eguirán escribiendo aún sobre el músico obra; pues sin lugar a dudas el ya entado "caso Wagner" ha consumido tinta y papel que la propia obra que rovocó.

lás que su creación musical, lo que en-lió la llama de todos los conflictos fue norme cantidad de escritos teóricos en cuales su autor pretendió dar al mundo xplicación de sus dramas. Fue tal vez el gran error de Wagner, la música por ola y más en su caso, con la valiosa da de su propia letra, podía encontrar lugar y llevar su mensaje con impulso que suficiente sin necesidad de aclaraciones anteriores. Recordemos una vez que el arte auténtico no necesita explicación, su espíritu sobrepasa todo lo pre-cebido y se eleva a regiones superiores que nadie le enseñe el secreto del vuelo. Toda advertencia anterior a la primera ición de una obra, tiende casi siempre eshumanizar el diálogo que naturalmente inicia entre ella y el oyente; a quebrar impacto original de dos seres en comu-nación.

Si agregamos a este que creemos primer or, el más grande aún de atacar despia-damente la firme solidez de los operistas ianos porque no compartían sus concep-, tendremos la clave de todos los pro-mas posteriores. Si Wagner se creía con derecho, muy humano, de hacer conocer valorar su obra y su ideología debía ber visto el abismo que existe entre la fensa de un derecho y el ataque del echo ajeno.

Nacidas del clasicismo griego, retomadas evamente por el renacimiento del Conde rdi, de Galilei y de toda la "Camerata rentina", las ideas estéticas y filosóficas humanismo que inciden en el continuo ovar de la ópera y del drama musical, forjadas nuevamente por Wagner en constante idealismo de encontrar la obra arte perfecta.

Vemos a través del drama musical wagneriano la cristalización de todas las tendencias estéticas de un momento artístico sociológico denso y complejo. Acertado o uivocado ,aún estamos demasiado cerca los hechos para ver su devenir en el mpo, lo cierto es que Wagner marca una lminación en la historia de la música.

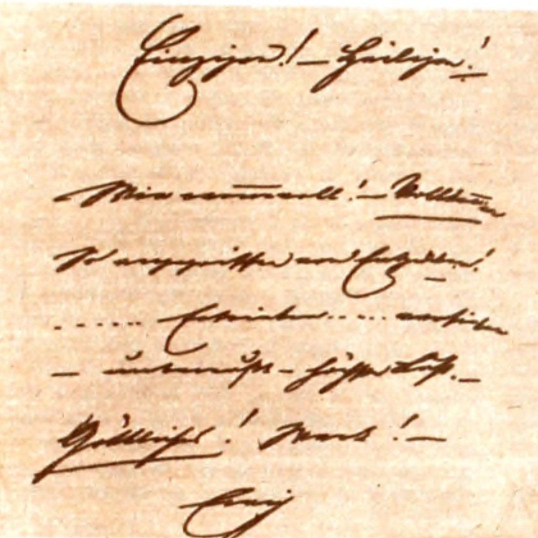
Es indudable que en las obras de cierta adurez surge siempre un tercer factor tre creador y creación. Factor importan-imo que ataca directamente al espíritu la obra, viene encarnado en una pode-sa personalidad que irrumpe en la vida l creador y puede presentarse bajo dis-tos aspectos: amistad, amor, filosofía o ligión. Por estos cuatro caminos llegó Wagner el aliento vital para sus obras más aún, en algunas es una fusión de s mismos la que impulsa a la inspiración.

Asomado por primera vez a los estudios losóficos a los tempranos veintisiete años las clases de Weiss, profesor de esté-ca en Leipzig, los retomará nuevamente distintos y críticos momentos de su vida. ero ni Aristófanes ni Platón dejarán un llo indeleble ni encauzarán su pensamiento tético ni producirán el impacto emocional ue produjo la lectura de Schopenhauer. años antes Feuerbach con su "Muerte e mortalidad" era su ideal, luego de la lec-ra de "El mundo considerado como vo-ntad y representación" el discípulo de Hegel pasa a segundo plano y el gran pesimista sería su guía en el futuro. "Puede "decirse que este libro me acompañó du-"rante toda mi vida y su influencia fue "decisiva en mis obras posteriores" — son las propias palabras de Wagner luego de compenetrarse con Schopenhauer y sus teorías.
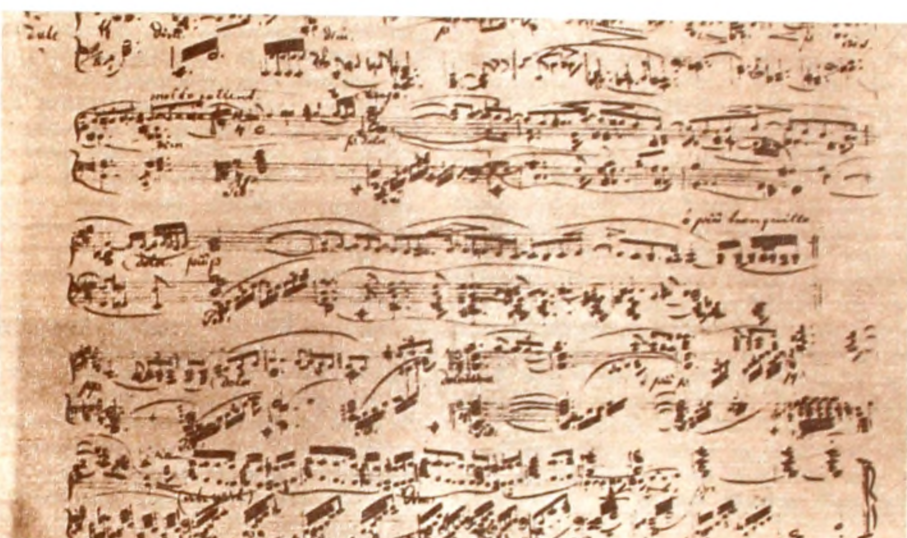
Si vemos que el Wagner de dieciséis años dice en 1829: "La música tiene para "mí algo de elegido, de demoníaco, de "monstruosidad mística y de sublimidad", nos damos cuenta que ya antes de llegar a Schopenhauer las ideas de estética y de filosofía daban incesantes vueltas por la cabeza del adolescente alumno de Weinlich en Leipzig.

"Los pájaros" de Aristófanes y "El banquete" de Platón ocupan sus ideas largo tiempo y ello lo lleva a compenetrarse en redención por medio del amor de sus primeras obras: "Buque fantasma", "Tanhaüser" y "Lohengrin" se transforma luego de Schopenhauer en el éxtasis y en la redención por medio del renunciamiento y de la muerte. Luego de este primer choque ideológico Wagner nos dice: "Me volví entonces "hacia mi poema de los Nibelungos y cons-"taté con sorpresa que yo había incons-"cientemente reconocido en mis concepcio-"nes poéticas lo que ahora en teoría me "dejaba perplejo. De este modo recién "entendí la personalidad real de Wotan. "Impresionado por mi propio descubri-"miento, me volví hacia el atento estudio "de Schopenhauer, especialmente a la parte "que explica y profundiza la teoría de Kant "sobre la irrealidad del mundo basada so-"bre el tiempo y el espacio; entonces creí "dar el primer paso hacia la comprensión "cuando me convencí que a ella no se llega "sino a través de serias dificultades". Y más adelante, en la que podríamos llamar época central de su vida, nos dirá: "La dis-"posición de espíritu a que me llevó la "lectura de Schopenhauer fue causa sin "duda que yo buscara para mis sentimien-"cabeza llena de difíciles problemas en la "composición de las escenas extáticas del "tercer acto, me producían un efecto sin-"guiar, casi siniestro. Descubrí que esas "partes encerraban la música más extra-"ña y más atrevida que yo había jamás "producido".

Poco después, en la carta que dirige a Federico Villot, en ocasión de la representación de Tanhaüser en París vuelve a hablar de Tristán, es 1860: "Todas mis "dudas habíanse disipado cuando me con-"sagré a Tristán. Sumergime aquí con en-"tera confianza en las profundidades del "alma y sus misterios; y de ese centro "íntimo del mundo vi surgir su forma ex-"terior. Una ojeada sobre la extensión de "este poema os demostrará al momento "que el detalle infinito a que el poeta, al "tratar un asunto histórico, se ve obligado "para explicar el eslabonamiento exterior "de la acción a expensas del desenvolvi-"miento claro de los motivos interiores: la "vida y la muerte, la importancia y la exis-"tencia del mundo exterior, todo aquí de-"pende únicamente de los movimientos "interiores del alma".



Carta escrita a Wagner, el 10 de junio de 1865, después del estreno de "Tristán e Isolda", por el rey Louis II.



Página final del preludio de "Tristán e Isolda" para concierto, autografiada por Wagner (París, 15 de diciembre de 1859).

el ideal griego, en su teatro y en su tragedia, que lo vuelcan, poco después, en la lectura de las epopeyas medioevales, de "Los Nibelungos" y de las "Canciones de gesta". De este período data (alrededor de 1847) la composición del texto de "Lohengrin".

Su obra de trascendencia desde el punto de vista estético la comienza a planear recién dos años después. Y según su propio pensamiento "La obra de arte del porvenir" está impulsada por el influjo místico de la Novena Sinfonía de Beethoven, que le hace ver un gran mensaje filosófico, comunicado a través de la música por primera vez.

"El idealismo trascendental" de Schelling es dejado a un lado por la seducción marcada que ejerce Hegel y su "Filosofía de la Historia". Pero al descubrir que su alumno Feuerbach difiere en muchos conceptos y está más cerca suyo, deja también de lado a Hegel.

"La esencia del cristianismo", "Del arte y de la religión" y "Muerte e inmortalidad" ponen ya a Wagner hombre en la senda de Wagner filósofo y músico. Y por este camino llega poco a poco a Schopenhauer. El primer encuentro con su ideología le causa extrañeza y produce una verdadera sacudida en lo que él ya creía seguro y asentado ideal filosófico. La sorpresa de ese primer contacto se debe a la conclusión a que llega Schopenhauer acerca de la muerte de la voluntad y de la completa resignación consideradas como la única libertad posible de los lazos de nuestra incapacidad individual, que no puede llegar a concebir y a comprender el universo. Luego de esto el mismo Wagner nos dirá "Lo trá-"gico de la vida está encerrado en la con-"ciencia que Schopenhauer nos da de la "no existencia del mundo visible; todo gran "poeta, todo gran hombre, tiene la intuición "de esa NADA".

La disposición espiritual a que lo llevan estas lecturas hace que tres marcadas expresiones dominen la totalidad de su obra: el *éxtasis*, la *redención* y la *libertad*. Pero especialmente las dos primeras se notan más claramente en sus concepciones. La "tos una expresión enteramente extática y "es así que entonces concebí mi poema de "«Tristán e Isolda»".

Pero si el doble drama de amor y de muerte inspirado en la medioeval leyenda debe su creación a un fundamento filosófico, le debe gran parte sin embargo a una figura incomparable que como un ensueño pasó por su vida, dejando el perfume sutil y persistente de quien ha entrevisto una imagen divina. Sin Mathilde Wesendonck nunca hubiera nacido Tristán al mundo de los sonidos. Con algo de ángel, con algo de amante y con algo de madre, llevaba en sí el poderoso influjo capaz de transformar al amor en inspiración para la obra de arte. El propio Wagner y años después de una mutua y voluntaria separación, agradecerá así a Mathilde el haber inspirado esa obra incomparable: "Por haber escrito Tristán, "te quedaré agradecido por toda la eter-"nidad desde el fondo del alma". Esto y la famosa dedicatoria plasmada sobre el final del bosquejo del primer acto de la obra, nos dicen mucho más de lo que podamos evocar nosotros en Mathilde Wesendonck y en su doble personalidad de mujer y de musa.

Retomando la idea filosófica de la obra, diremos que ya en 1885 Wagner elaboraba su planteamiento, pues de esta fecha es esta carta que le escribe a Liszt y donde le dice: "...Voy a elevar a la verdadera "dicha del amor, a ese ensueño, el más "hermoso de todos, un monumento en el "cual ese amor se explaye libremente del "principio al fin. Tengo en la cabeza un "proyecto de Tristán, la más simple pero "la más fuerte de las concepciones musi-"cales ;la obra termina con el negro velo "que flota hacia el final, con el cual me "cubriré para morir".

Esta última expresión es una prueba bien evidente de que en esta época el músico ya había asimilado como propias las doctrinas de Schopenhauer. Pero aun esos fundamentos hacían frente y sorprendían a la propia mente que los había concebido, quizás por su novedad, quizás por su poder de seducción y el maestro, analizando la obra y sus extrañas características dirá: "La

A los tres factores antes nombrados que parecen presidir la ideología del drama wagneriano el Nietzsche de los primeros tiempos, agrega el factor Fidelidad. Así en "R. Wagner en Bayreuth" lo manifiesta: "Sobre todo lo que imaginó y compuso, "escribió el signo de la fidelidad, hay en "su obra una serie casi completa de sus "más bellas y raras manifestaciones: de "Mark para Tristán, de Brunhilda para "Wotan, del hermano para la hermana, del "amigo para el amigo, de la amada para "el amado".

Y así, la lenta transformación ideológica, el verdadero filósofo que hay dentro del hombre y que se muestra a través del músico, podemos decir que culmina realmente en dos obras totalmente contrastantes: "Maestros Cantores" y "Parsifal". "Maestros Cantores" nos muestra la serena alegría que alberga el bien y la bondad en almas sencillas y honestas, dejando a un lado toda complicada elucubración.

"Parsifal", en cambio, es la depuración del alma humana, es el alcance, luego de áspero camino, para poder contemplar la divinidad; es el estado ideal del espíritu triunfante, del Bien y de la Verdad sobre todo el fango en que se debaten los sentimientos humanos. Es encontrarse así mismo por medio de una gran obra y por intermedio de los sonidos. Es la fusión ideal de música y filosofía al servicio de la más dolorosa y humana tarea que cumple el ser: conocer finalmente el "yo" y poder situarse dentro del propio existir; es el pensamiento auténtico del músico que tiene el pudor de mostrarse ante el mundo y lo hace por intermedio de un héroe que tiene ya mucho más de divino que de humano.

En "Parsifal" podemos ver otra vez la redención y la libertad, pero no la de ese héroe legendario, sino la de un ser sufriente que la ha conseguido a través de la lucha de toda una vida.

Tal el Wagner filósofo que culmina su obra musical y humana.

Susana SALGADO GOMEZ

(Especial para EL DIA)



UN PROPAGANDISTA DE LA VIDA

"No hay hombre grande para su ayuda de cámara". Cuando se acostumbra a ver a un personaje en ropas menores, se pierde el temor reverencial. Esto tiene vigencia tanto en la faz cortesana o de relaciones sociales como en el contacto intelectual entre seres pensantes, entre un escritor y su lector, entre un conferencista y su auditor. Si bien mucha gente —que a veces no importa demasiado— siente la atracción del pensamiento simple y desnudo porque se hace la ilusión de acceder con facilidad a un mundo de común reservado a los especialistas, en cambio éstos desconfían y generalmente rechazan las formulaciones que aparecen como simplistas, demasiado sencillas para ser ciertas o valederas.

Es fácil decir que Lin Yutang es uno de los máximos creadores de bestsellers de los tiempos actuales; pero la propia adhesión multitudinaria es considerada con sospecha por los pensadores habituados a las abstracciones y profundidades de la filosofía, de la metafísica, de la teología. Cierto es que el propio Yutang recuerda que Jesús predicaba en forma directa, transparente, que las parábolas que empleaba no eran abstractas sino referidas a circunstancias de la vida cotidiana; pero lo sencillo no tiene por qué encerrar verdad y, al contrario, generalmente lo simple confluye hacia lo banal.

Estos son peligros que corren Lin Yutang y su obra frente a la consideración de los intelectuales de oficio. Y los riesgos se acrecientan al contemplar el público asistente a sus charlas, y al oír éstas, con una alternancia de anécdota y elegancia, de receta culinaria y frivolidad, de cocina doméstica y salón de recibo. ¿Hasta dónde está complicado en ello el pensador chino? ¿Cuál es el límite entre su voluntad de ser sincero y la necesidad de contemplar su condición de "showman", de escritor para multitudes, de conferencista para club de mujeres —como dijera sarcásticamente un literato puro de nuestro ambiente—? . . .

Hemos tratado en forma directa en estos días al escritor. Podemos decir que, como hombre, es más americano que chino, comparación fácil de hacer, por otra parte, cuando se le ve actuar entre sus connacionales. Y aquí tenemos uno de los conflictos de su personalidad: es realmente un occidental, ha asimilado, vive nuestra tradición cultural; pero la fama, el público, quizás los editores, todos esperan que siga siendo chino, que actúe, que piense, que escriba como oriental. Muchos de los superficiales acólitos de estos días, cuando estrechaban su mano, pensaban tener asida la de quién sabe qué mandarín fabuloso y milenario. Sería lo mismo que si un habitante de Pekín creyera que nosotros representamos a Don Quijote sólo porque descendemos de españoles...

Es claro que su conocimiento de la lengua y de las costumbres chinas, su profundización —intelectual— en las letras y en el arte chinos, le han dado la oportunidad de servir de puente entre uno y otro mundo cultural. En este sentido no sería exacto afirmar que él es un crisol de culturas, porque más bien nos parece que asume una posición lo bastante objetiva como para analizar la tradición de Oriente y el pensamiento de Occidente "desde afuera"; no lo hemos visto como un comprometido (ni aún con la religión a la que afirma seguir), sino como un observador, irónico y atento, pero desapasionado, y ajeno, de la locura humana, cualquiera sea la ropa con que ésta se disfrace.

Lo más real, lo más connatural de su personalidad, la verdad más íntima que él trata de transmitir con palabras sencillas, que escandalizan a los sutiles y sofisticados e hipnotizan a los banales y frívolos, es el amor a la vida, la valorización de lo vital, el disfrute de la existencia en forma total, bajo el aspecto espiritual y moral, y también en lo carnal y material. Nosotros, que al comentar recientemente la obra autobiográfica de Schweitzer (19-noviembre-1961) levantábamos nuestro entusiasmo por la coincidencia en su estancia te "la vida quiere vivir", hemos encontrado exactamente el mismo lema en un pensador que nos dice: "toda religión que afirme que esta vida no sirve y la que vale es la otra, está errada" (¿qué dirán de esto sus actuales correligionarios?). Su vitalismo le lleva también a enseñar a desconfiar de la fragmentación conceptual de la realidad y a dar mayor valor al sentido común que a la lógica. Pero no debe extremarse la postura hasta llegar a un irracionalismo iconoclasta que arrase con las conquistas del pensamiento y de la ciencia en la edad moderna. El propio Yutang emplea repetidamente el término "razonable" como la medida a emplear para juzgar la conducta humana. Su intención, pues, no es afirmar el descaecimiento de la razón, sino la invalidez del racionalismo matemático y lógico para comprender la complejidad de la existencia humana por el método de desmenuzar las acciones y el pensamiento en compartimentos o secciones, método bueno o más bueno a medida que el objeto de análisis es más abstracto. Pero la vida es demasiado concreta, particular, casuística.



Los que están apegados a sistemas podrán estimar que la filosofía de la vida de Lin Yutang no es de mucha jerarquía por su falta de sistematización, por la ausencia de una terminología profesional, por querer convertir la sabiduría filosófica en materia popular. Puede que algunos reparos tengan algo de razón; pero no todos, porque si no las enseñanzas y las vidas de Jesús, Schweitzer, Vaz Ferreira, Epicuro, etc., carecerían de sentido. Nosotros vemos en Lin Yutang, no un sabio en la acepción francesa de la palabra "savant", sino de "sage", prudente, juicioso, de buen sentido frente a la vida y de equilibrio profundamente afirmado en la naturaleza humana.

M. M. V.

JOVENES DE 80 AÑOS



Zoltan Kodaly, que a los 79 años escribió su I Sinfonía.

EL BUDISMO ZEN

Zen es la pronunciación japonesa de la palabra china **ch'an**, ésta a su vez abreviación de la corrupción fonética de la palabra sánscrita **dhyana**. Esto en cuanto a su etimología. El Zen históricamente nació en la India y fue introducido en la China a principios del siglo VI por el monje hindú Bodhidharma —de quien se cuenta que pasó nueve años con cara a la pared, meditando, sin hablar con nadie— y se extendió, gracias a la intensa labor de los llamados Seis Patriarcas. Sus discípulos fundaron las mayores sectas Zen de la época, dos de las cuales, Tsao Tung (Soto en japonés) y Lin Chi (Rinzai) existen todavía en nuestros días. Penetró en el Japón en el siglo XII, país donde no sólo llegó a determinar algunas de las características más salientes de la vida nacional, como el arreglo floral o la ceremonia de tomar el te sino a infundir inspiración a los cultores de las diversas artes, especialmente, la pintura. El Zen últimamente ha experimentado una súbita difusión en los medios intelectuales y artísticos de Occidente y desde hace cierto tiempo están apareciendo numerosas obras dedicadas al tema, la mayoría escrita en francés y especialmente en inglés, como ésta, cuya traducción estamos comentando.

¿Qué es el Zen? Es sumamente difícil para la mente occidental captar el sentido de un fenómeno contrario a toda conceptualización, por esencia no definible y que integra un sistema mayor de principios y prácticas, completamente ajenas a nuestras tradiciones.

El Zen es una escuela de budismo, considerada por algunos como la más noble y auténtica de cuantas se conocen, que contiene la verdadera quintaesencia de las enseñanzas del Gautama. Está muy estrechamente vinculada con las demás escuelas mahayanas budistas pero posee la particularidad de un estilo no convencional de expresarse, lo que la diferencia de todas las filosofías y religiones existentes. Dicho en extremada síntesis consiste en un lenguaje enigmático, en métodos desconcertantes usados en los procesos de aprendizaje —que pueden durar varios lustros— y en la práctica diaria de los que han obtenido el objetivo máximo de la escuela: la iluminación.

El budismo Zen, también conocido como **doctrina mental** persigue la finalidad —en un sentido la única esencial— de permitirnos entender, realizar y perfeccionar nuestra mente. Quiere lograr un estadio en el que hasta el acarrear agua y recoger leña sean dos actos milagrosos, llenos de sentido místico. Para explicar el misterio del universo no recurre a los poderes sobrenaturales ni da mayor importancia al estudio de las escrituras o a la especulación metafísica. Es una disciplina diaria, un estilo de vida que con su simplicidad y severo formalismo penetra y colma de un sentido profundo cada manifestación vital de sus creyentes.

El autor hace un esfuerzo enorme para reducir a términos intelectuales una forma de vivir y presentar en un pequeño volumen la concepción y obra de varios siglos. Con excelente vena didáctica y ayudado por una exposición clara y ordenada logra que el neófito tome el primer contacto "positivo" con una realidad que frecuentemente traspasa todos los límites de nuestra fantasía. Los innumerables ejemplos, las autobiografías y discursos de los maestros Zen más famosos de la historia introducen al no iniciado en el **clima** necesario para aprehender el mensaje de un universo lleno de encantos y profundas enseñanzas. Completa el tomo una exposición de las nociones generales del budismo, indispensables como conocimiento previo para el estudio de la doctrina Zen.

T. S.

———

Chang Chen-Chi — LA PRACTICA DEL ZEN. — Central, 223 páginas, Buenos Aires, 1961.



Vejez no debe ser sinónimo de resignación y aislamiento, sostiene Mira y López. El apartarse en un destierro voluntario como respuesta a una supuesta incapacidad no es la solución adecuada por un error básico en el punto de partida. El autor lleva a cabo un estudio detallado en los campos de la biología, de la psicología y de la sociología para llegar a la conclusión, confirmada con numerosas citas y ejemplos, de que es equivocado creer que en la fase "señorial" de la vida decrece ineluctablemente el rendimiento del hombre. Mediante datos científicos prueba que la vejez es un período de la vida humana, de igual jerarquía y sentido que las demás, que posee sus propios encantos y sus propias realizaciones.

Además del argumento teórico-científico milita también una razón práctica. Las estadísticas nos dicen que el número relativo de senescentes es cada vez mayor. En un siglo se ha duplicado el promedio de la vida humana y si seguimos a ese ritmo un tercio o la mitad de la población mundial se compondrá de personas de edad madura. Y si nos rebelamos a la vista del maltrato dispensado a una persona, es absolutamente inhumano condenar al retraimiento forzoso a un porcentaje tan alto de la humanidad, negándole todo derecho a participar en los trabajos de la comunidad. Es necesario cambiar el criterio de acuerdo con los resultados obtenidos por la gerontología (estudio de los ancianos) y la geriatría (especialidad de la medicina medicada a las enfermedades de la vejez) y al mismo tiempo ilustrar a los interesados sobre su propia capacidad de seguir desarrollando una vida íntima y de relación, si bien diferente en algunos aspectos, pero tan cabal, tan plena, como la de sus hijos o nietos. En vez de la queja continua, magnificando sus achaques, en lugar de refugiarse en el mundo del recuerdo, ofrece este libro una serie de consejos y medidas bien seleccionadas, al alcance de todos los intereses, ocupaciones y capacidades económicas, perfectamente realizables en la ancianidad.

Sucede con la vejez algo semejante a lo que pasaba con el parto. Durante siglos todos han estado muy convencidos de que el nacimiento de un ser necesariamente tiene que estar acompañado por los terribles sufrimientos que eran un martirio para las madres, y las almas piadosas estaban conformes con ello. Hoy en día esa idea apenas tiene adeptos.

Es en la edad madura cuando ciertas actividades postergadas durante mucho tiempo pueden tener su ansiada culminación. La vejez es el período más indicado para, entre otras cosas, observar y meditar, efectuar tareas donde se hace rendir la mayor estabilidad afectiva: trabajos de síntesis, de coordinación, de fiscalización. La colaboración en investigaciones, por ejemplo, es una actividad especial donde la capacidad contemplativa de los viejos puede ser aprovechada en bien de la comunidad.

Si tenemos en cuenta el caso de tantos y tantos longevos contemporáneos, Schweitzer, B. Russel, Picasso, Adenauer, Casals, Stravinsky, todos octogenarios y en la plenitud de sus fuerzas creadoras, hombres activos, combatientes por su verdad, se nos hace claro que **la misión de la vejez es ser mejor de lo que nunca se ha sido y todavía es posible llegar a ser.**

T. S.

———

Emilio Mira y López: HACIA ALGUNA VEJEZ JOVEN. PSICOLOGIA Y PSICOTERAPIA DE LA ANCIANIDAD, Kapelusz, 174 págs., Buenos Aires, 1961.

Tarzan

por Edgar Rice Burroughs®





...S PRIMITIVOS KWULUS ...NCA HABÍAN CONTEM-...PLADO UNA MAGIA TAN ...ANDE: LA CABEZA ...SU JEFE ILESA, EN ...S FAUCES DEL LEÓN ...E HABÍA MATADO A ...INO, SU ENEMIGO! ...**AGNO ES MÁGICO!** ...S ASOMBRADOS SÚB-...TOS Y SU JEFE BUVO ...VITARON A TARZÁN ...A LOS GUERREROS ...OLOS A UNA FIESTA ...VULU.





...UESTRA CASA PARA HUÉS-...DES ESPECIALES ES TU-...A TARZÁN, Y DE TU LEÓN MÁGICO...

...MI PUEBLO PRONTO COMENZARÁ LA DANZA DE LA ALEGRÍA, ALREDEDOR DE LA CABEZA DE NUESTRO ENEMIGO! ESTA NOCHE TU TE UNIRÁS A NUESTRA **FIESTA DE BIENVENIDA** A TU **LEÓN MÁGICO.** POR...



...HOY," CONTINÚA EL JEFE BUVO, "COMO LOS GUERREROS BWOLOS COLOCARON LA CABEZA DEL MALVADO RHINO EN LA PLAZA, NUESTROS DIOSES NOS CONCEDIERON UNA DOBLE GRACIA: NUESTRO ENEMIGO ESTÁ MUERTO. Y UN **LEÓN MÁGICO**, QUE OBEDECE A UN HOMBRE, HA VENIDO A **VIVIR** CON NOSOTROS.



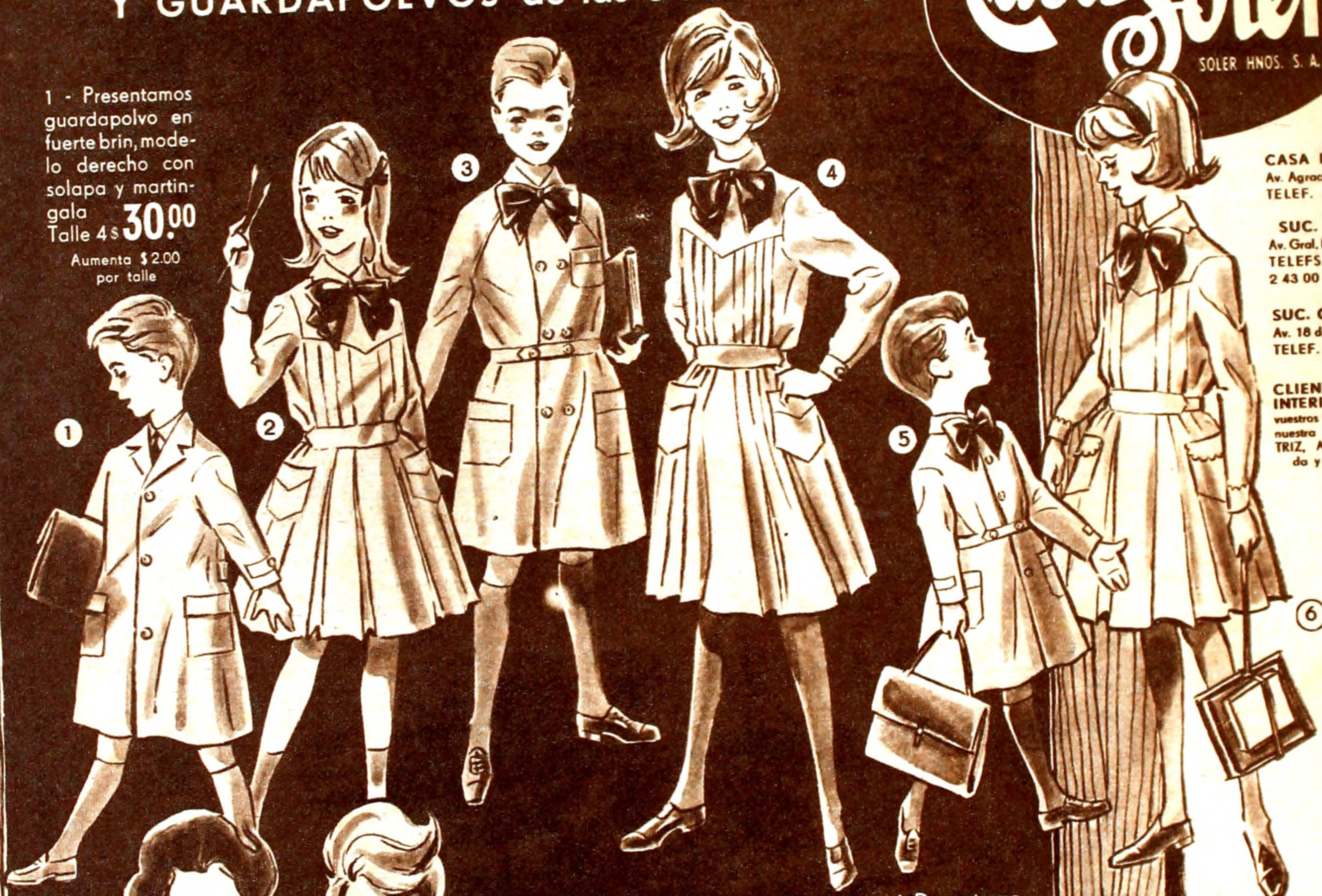


Comienzo auspicioso del año escolar

CON TUNICAS, DELANTALES Y GUARDAPOLVOS de las 3 Avenidas y...

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.



1 - Presentamos guardapolvo en fuerte brin, modelo derecho con solapa y martingala Talle 4 $ 30.00
Aumenta $ 2.00 por talle

2 - Delantal en pique, modelo clásico cuello con feston, canesu doble. Talle 4 $ 32.00
Aumenta $ 2.00 cada dos talles

3 - Destacamos guardapolvo para varón en gabardina, modelo cruzado, manga raglan Talle 3 - 4 $ 33.00
Aumenta $ 2.00 cada dos talles

4 - De corte moderno, cuello con pie semi alto es este delantal realizado en crea de gran resultado. Talle 4 $ 30.00
Aumenta $ 1.00 por talle

MOÑA COLEGIAL EN TAFFETA, AMPLIA MEDIDA, DESDE $ 2.90

CASA MATRIZ
Av. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES
Av. Gral. Flores 2341
TELEFS. 2 42 00
2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON
Av. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Av. Agraciada y M. Sosa.

5 - Guardapolvo modelo derecho, confeccionado en brin de gran calidad. Talle 3 y 4 $ 28.50
Aumenta $ 2.00 cada 2 talles

6 - Delantal en piqué de alta calidad, cuello, puños y bolsillos con festón. Talles 3 - 4 $ 38.00
Aumenta $ 2.00 cada 2 talles

7 - Práctica túnica realizada en madrás, de gran duración $ 44.00

8 - Túnica en piqué, modelo derecho, sin talle $ 48.50

VISITE NUESTRA SECCION NIÑOS donde encontrará completo surtido de Cuadernos, Lápices, Gomas, Carteras, Portafolios, Estuches escolares, Cajas de colores y todo lo que sus chicos necesitan para el año escolar.